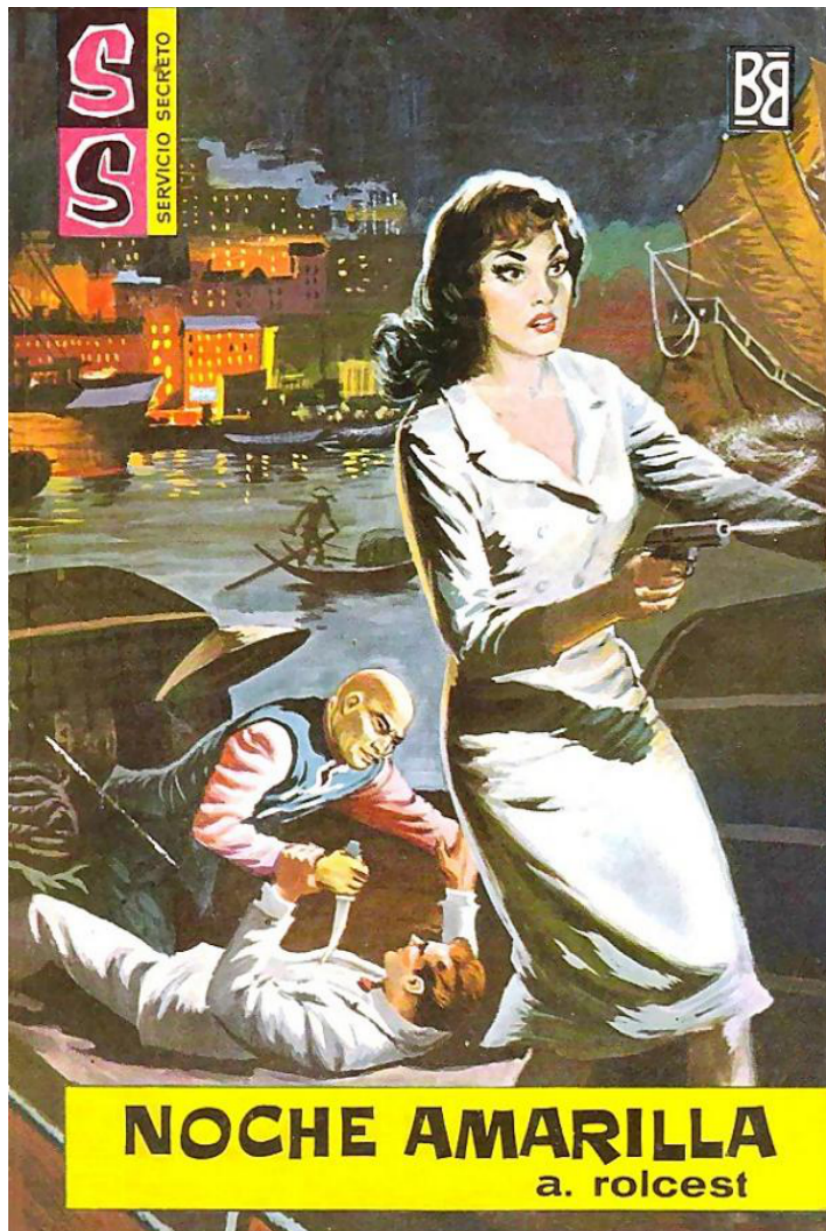


SS

SERVICIO SECRETO

BB



# NOCHE AMARILLA

a. rolcest



A. ROLCEST

## NOCHE AMARILLA

1.<sup>a</sup> EDICIÓN  
MARZO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO





**CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL**



**APTA PARA TODOS**

**DEPOSITO LEGAL B 2814 - 1962**

**PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA**

**© A. ROLCEST - 1962**

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962**

**N. R. 104/62**



# **NOCHE amarilla**

*por* **A. ROLGEST**



## CAPÍTULO PRIMERO

El chasquido de la lluvia contra los cristales, fue despertándole, con una sensación de que los disparos de ametralladora seguían tanteando el sampán a bordo del cual dejó la costa china.

Pero cuando verdaderamente sufrió una conmoción que lo obligó a incorporarse fue al darse cuenta de que se hallaba tendido en un lecho, entre sábanas blancas.

No pudo reprimir una exclamación de asombro. Al momento, una enfermera acudió a su lado.

—¿Qué hace? ¡Tiéndase!...

Le hablaba en inglés, con acento yanqui. Esto le confortó.

—¿Dónde me encuentro?

—En una clínica...

—Pero ¿dónde?

—En

Hong-Kong...

Fue estirándose con lentitud, recreándose en el suave placer que le producía el contacto de las sábanas limpias.

—¿Hace mucho que estoy aquí?

—Unas ocho horas.

Leib Hanley permaneció unos momentos callado. En rápido desfile se proyectaron en su mente las atribuladas jornadas dejadas atrás.

Instintivamente, sus manos procedieron a tantearse la ropa. Era lógico que no vistiera ninguna de las viejas prendas que además de sucias, debían estar empapadas, por la lluvia y por los cuchillazos del mar, cuando iba pegado a la pequeña embarcación, como un gusano.

Pero esta lógica no significaba nada en aquel momento. Después de comprobar que no vestía ninguna de las viejas prendas, miró a un lado y otro de la cama, esperando encontrar allí sus harapos.

De pronto levantó una mirada angustiada, fijándola en el bello rostro de la enfermera.

—¿Y mi ropa?... ¿Dónde está mi ropa?

Lo preguntó incorporándose de nuevo, dispuesto a saltar de la cama. Ella se inclinó sobre Leib, sujetándolo de los hombros. Hubo un breve forcejeo, y Leib sintió la quemadura de un cuerpo joven, magistralmente formado; su enervante calor, su perfume...

Esto fue lo que indujo a Leib a permanecer quieto. Esto, la enervante proximidad de la bella muchacha blanca. Posó la cabeza sobre la almohada, y siguió mirándola.

Era esbelta, de rostro bronceado y grandes ojos azules. La joven quedó erguida, con los ojos entornados, conteniendo una burlona sonrisa. Se daba cuenta de que Leib la estaba examinando con verdadera furia, como un sediento que de pronto se encuentra ante un manantial.

—No se inquiete, comandante Hanley... Todo está guardado —dijo con una entonación que a Leib le supo a terciopelo.

Soltó un respiro. Enseguida volvió a hincar la mirada en la enfermera.

—¿Qué les ha detenido a no quemar mis harapos?

—Lo ignoro —respondió ella, como indiferente—. De todos modos, es lo que se suele hacer en casos como los de usted, comandante...

—Pero; ¿cómo sabe usted mi condición? ¡Yo no llevaba papeles que acreditaran mi personalidad!

—Fue recogido sin conocimiento... En la fiebre ha pronunciado usted frases que han intrigado a las autoridades.

—¿Esta clínica?...

La enfermera no le dejó terminar la pregunta.

—Es particular. Pertenece al doctor Bower, compatriota suyo y mío, comandante Hanley... si esto puede servirle de garantía.

—En cierto modo, sí... No me gustaría que las autoridades británicas metieran las narices en mis asuntos —lo dijo con un tono indignado, lleno de rencor. Enseguida agregó, inquieto—: Hemos quedado en que usted es compatriota mía...

—¿No le dice nada el acento?

—En absoluto. Fío menos de los acentos, que de mí mismo... He visto a blancos y a amarillos expresándose con los acentos más

exóticos, a la mayor perfección.

—Ahora verá al doctor Bower... Me encargó que lo avisara, tan pronto despertara usted.

—Espere un momento... ¿Qué tal persona es?

La enfermera se echó a reír. Una dentadura menuda y deslumbrante. Leib permaneció embelesado, mirándola al rostro.

—¡El doctor Bower es un gran hombre!... Además, es con otra persona con quien usted tendrá la conversación que parece inquietarle.

—A mí sólo me inquieta que los británicos, por aquello de congraciarse con los chinos, me coloquen en la frontera...

La enfermera lo miró severamente.

—¡No diga eso! ¡Debe a los británicos la vida!... La embarcación en que usted estaba se iba a estrellar contra los acantilados. A bordo no había nadie más que muertos. Los supervivientes se lanzaron al agua y se han perdido en el laberinto de sampanes y juncos de la bahía. Gracias a que un guardacostas británico tuvo la tozudez de comprobar si a bordo de su embarcación quedaba alguien con vida...

Leib Hanley hizo un gesto sardónico.

—¡Buscarían algún alijo, no le quepa la menor duda!...

La enfermera lo miró con gravedad.

—Ha debido sufrir mucho en su cautiverio y es natural que aparezca con ganas de hincar el colmillo... Pero no sea injusto. No piense que la suerte de usted, y de muchos como usted, no preocupa a Occidente.

Leib Hanley, con barba de varios meses; enflaquecido, permaneció unos momentos con la impasibilidad de un muerto. De pronto estalló una alegre risa.

—¡Oh, no! ¡En una boca como la de usted, no!... ¡Nada de Oriente y Occidente!... ¡Nada de razas! ¡Con usted hablaré de todo, menos de pescado nauseabundo! ¡A eso me saben todas esas frases! ¡Oriente! ¡Occidente!... ¡¡No!!...

Y cerró los ojos, acusando un escalofrío. Estaba débil, y quedó como dormido.

Cuando abrió los ojos tenía a los pies de la cama a un hombre de cabello gris, y rostro bondadoso.

Se presentó. Era el doctor Bower.

—Afuera espera un viejo conocido suyo, comandante Hanley.

—¿Quién?

—El coronel Davies.

El rostro de Leib Hanley se transfiguró, trasluciendo una honda alegría. En aquellas circunstancias, ese encuentro no podía ser más oportuno.

El coronel Davies pertenecía al Servicio de Información norteamericano.

—¡Esto es suerte!... ¿Se encontraba en Hong-Kong?

—No. Muy cerca... Lo llamamos tan pronto supimos quién era usted.

Leib hizo un gesto de estupor.

—El coronel Davies me aprecia... pero me sorprende que dejara sus asuntos por venir a verme.

De pronto, Leib hizo una mueca. Iba a decir otra mordacidad, ahora dirigida a su compatriota, como antes fue para los británicos. Iba a decir que en aquellas circunstancias, Leib Hanley, comandante de aviación, era algo más que un hombre.

Lo que no se atrevió a decir ahora, por miedo a parecer un lobo rabioso, lo oyó momentos después de labios del coronel Davies:

—¡Sí, amigo Leib! ¡Ahora usted se ha convertido en el ejemplo a seguir por otros cautivos! ¡Cuando hay voluntad, todo es posible! ¡Usted ha escapado!... ¿Lo harán otros?

Leib Hanley apretó los dientes, mirando al coronel. El doctor y la enfermera se habían retirado.

El coronel Davies era una figura seca, desgarbada.

—¿Lo harán otros, Leib?

—¡No... si anuncian a bombo y platillo que he escapado! —prorrumpió, indignado.

El coronel se colocó a un lado del lecho y le tendió una mano.

—Estoy de acuerdo con usted... Por eso la Prensa silenciará su aparición. Aunque el enemigo le sepa con nosotros, no reaccionará ejerciendo represalias con los demás prisioneros, si no armamos alharaca. A ellos les conviene no irritar demasiado a Occidente... Tengo la impresión de que si encontraran un medio que no resultara un desprestigio, soltarían a todos...

—¿Usted lo cree?

—¿No han soltado a usted?

Leib miró ahora con verdadera sorpresa al coronel.

—¿Usted sospecha que me han soltado?

—¿Usted no? —preguntó el coronel, con el mismo tono irónico.

—Sí —reconoció Leib—. Y esto es lo que más me desconcierta...

Estoy seguro de que quisieron que pudiera escapar del campo. Sin embargo, cuando llegué al embarcadero, ya oculto en el sampán, empezaron las dificultades... Por suerte, el temporal puso el mar hecho un infierno y la lancha que nos seguía con ráfagas de ametralladora creo que se estrelló... Tengo la impresión de que estaban, esperando que llegara al embarcadero, para entonces darme el hachazo.

—Así es, Leib... Desde el campo de concentración, hasta la costa, hubo cambios de parecer. Nuestro servicio de espionaje tiene pruebas de ello...

En ese momento llamaron a la puerta. Así que él coronel autorizó la entrada, se abrió la puerta y apareció la bella enfermera, empujando una mesita con ruedas, sobre la que humeaban algunos platos.

—¡Válgame!... ¡Nunca una cosa mejor fue presentada por una cara más bella!... —exclamó Leib, incorporándose—. ¡Es la diosa que me trae a una nueva vida!...

Ninguno de los manjares soñados por Leib durante su cautiverio estaba sobre la mesa de ruedas. Su rostro, sin poderlo evitar, reflejó la decepción que le producía.

—A régimen, comandante Hanley —dijo el coronel, adoptando un tono de cómica autoridad—. Ya llegará el momento de los manjares que usted echa de menos.

Leib inclinó la cabeza y suspiró, filosóficamente:

—Sí... Cuando seguramente ya no tendré esta hambre...

Después de tomar café y una copa de *whisky*, el coronel sacó de un bolsillo un croquis.

—Es sorprendente que desde la zona en que está enclavado el campo de concentración hasta la costa, haya podido usted deslizarse sin más medios de orientación que este croquis.

—El instinto ha suplido lo demás —contestó Leib, evasivo.

—Quizá usted quedara sorprendido de la forma con que fue

seguido su aparato, apenas internarse en territorio chino...

—Me esperaban, me di cuenta... Nuestro Servicio de Información en Laos creo que tiene sus fallos —dijo Leib.

Era un disparo a la capacidad del coronel Davies. Pero a éste no le dolían prendas.

—Exacto. Tenía fallos y sigue teniéndolos... Pero se remedia en todo lo que se puede... Es difícil en este ambiente, donde la tentación tiene tantas caras... ¿Se acuerda de Lida?

—¿Lida?... ¿Acaso la mecanógrafa del comandante Jones?

—Sí... Un rostro muy bonito, con expresión ingenua... Resultó ser agente de espionaje enemigo.

—¡No!... —exclamó Leib.

Quedó ensimismado en el recuerdo de aquella muchacha, a la que en distintas ocasiones galanteó, sin llegar nunca a una conclusión práctica.

Leib siempre justificó la falta de éxito con aquella mujer, suponiéndola enamorada de su superior, el comandante Nat Jones. Y pensando en esto, preguntó:

—¿Qué ha sido de Lida?

—Apareció acribillada, en su habitación del hotel... Entonces, al revisar sus papeles, encontramos pruebas evidentes de su complicidad con el enemigo. Esos disparos partieron indudablemente de los mismos que Lida había servido... Ya posiblemente les estorbaba.

Leib era uno de los que menos podían extrañarse. Era uno de los más directamente afectados de las actividades de aquella mujer. Él, y otros que al lanzarse en servicio de observación, cruzando la frontera de Laos con China, eran esperados con bocas de fuego y aparatos que los asfixiaban en el vuelo, obligándolos al aterrizaje.

Permaneció con los ojos entornados, el cigarrillo en los labios, como dudando de que aquella situación obedeciese a la realidad. Se encontraba en un cómodo lecho, atendido por una hermosa mujer, y ahora, departiendo amigablemente con un hombre que en otros momentos había sido mirado por toda la oficialidad como un hombre enigma, al que había que esquivar por la maraña que suponía entrar en cualquier asunto que él propusiera.

Dudaba de que todo lo que tenía a la vista y todos sus sentidos experimentaban, fuese realidad. Todavía no hacía doce horas se

había considerado mucho menos que un gusano y muy poco más que un muerto.

Sabía que el coronel no iba a tardar en hacer preguntas más espinosas. Y Leib tenía algo que a toda costa guardaría en el mayor secreto.

A nadie consideraba con derecho a escudriñar en ese secreto. ¡A nadie! Su libertad se la debía a sí mismo... En último extremo, a alguien que no era precisamente un blanco.

—¿En qué condiciones tomó tierra, Leib?

Ya estaba la pregunta que iba a ser el principio de toda una red.

—Lo que usted quiere saber es si el enemigo pudo hacerse con el equipo fotográfico, o con alguna parte esencial del avión —dijo Leib, con ganas de abreviar.

—Sí. Eso mismo.

—Descanse. Todo se lo llevó el diablo, en el momento que me lancé fuera del aparato... Ahora permítame una pregunta: Si Lida era agente del enemigo, ¿cómo se explica que el comandante Jones no lo advirtiera?

—No se precipite a juzgarle, Leib. Ni siquiera se le puede achacar negligencia, puesto que una espía de la sagacidad de Lida no es fácil que deje cabos sueltos...

—Sin embargo, los han encontrado.

—Después de muerta. Como si ella presintiera que iba a terminar así, y dejase montada su revancha. Gracias a sus pistas se han cogido a otros agentes... Pero volvamos al comandante Jones. Está en permiso indefinido. Pidió la baja en el Ejército, pero intervinimos algunos amigos para disuadirle. Ahora está en Hong-Kong...

—¿Desde cuándo? ¿O es que ha venido con usted?

—Oh, no. Hace semanas que está aquí. Y quiere verle...

—Hemos sido amigos. No creo que exista nada que impida que sigamos siéndolo —comentó Leib.

—La suerte que corrieron los aparatos que como el suyo, fueron derribados por la premura con que el enemigo salió a recibirlos, ha abatido al comandante Jones. Él, como responsable del puesto de Información, se considera culpable de no haber previsto que una mujer como Lida, con cara de ángel, pudiera estar traicionando a su país... En fin, usted querrá descansar. Una última pregunta: ¿Está

usted seguro de que los tripulantes de los demás aparatos perecieron?

—Por desgracia, demasiado seguro —contestó Leib, sombrío—. Yo pude escapar porque me suponían dentro del aparato, cuando estalló en el aire. Caí en pleno campo y permanecí desmayado muchas horas. Un campesino me entregó a una patrulla... Sufrí varios interrogatorios y luego me trasladaron al campo de concentración.

—De ese campo tenemos que hablar largamente. Pero en otro momento... Dígame: ¿Cuántos detenidos calcula?...

—Alrededor de doce mil.

—¿Todos militares?

—Sí.

—¿Todos orientales?

—Son restos del ejército nacionalista que quedó en el continente... Pero hay algunos blancos, a quienes sorprendió el fin de la campaña estando de «turistas» en el país. También algunos desertores de la Legión en Indochina, que yendo a la deriva, se prestaron a hacerse cargo de alguna unidad nacionalista —concluyó Leib, forzando una sonrisa.

El coronel se echó a reír.

—Está usted a punto de estallar... No se preocupe. Terminaron las preguntas. Ahora, a reponerse... Si desea algo de mí...

Ya se había levantado.

—Quisiera unos días en Hong-Kong.

—Ah, desde luego.

—Entienda: Unos días de total libertad... No se preocupe por los periodistas. Procuraré no ser noticia.

El coronel, después de mirarlo a la cara, dijo:

—Cuando se rasure, no se deje bigote. Y ya le procuraremos ropa que lo desfigure... ¿Algo más?

—Necesitaré algún dinero.

—Por descontado... Pero como usted no pensará salir hoy, ni mañana, voy a ocuparme de otros asuntos. Que descanse, Leib...

Ya había dado unos pasos hacia la puerta cuando se volvió.

—Se me olvidaba... En la ropa, en el mismo sitio en que llevaba usted el croquis...

Hizo una pausa, mirando como distraído a Leib. Éste había experimentado en su interior una gran sacudida, pero su cara permanecía impertérrita. «No en vano he convivido con orientales... Caras de piedra. Me propuse imitarles. A ver ahora, coronel, si consigue saber qué me ocurre...»

Pareció que el coronel desistía de seguir observándolo, al no advertir en Leib ningún indicio de que le intrigaba lo que decía.

—... Junto al croquis, encontramos esta sortija de hueso.

—Me alegro de que no se haya perdido —pero lo dijo con un tono casi de indiferencia.

—¿De veras?... No niego que tenga algún valor artístico. Esos dibujos en miniatura deben estar tallados por un experto. Pero así y todo, sospecho que será más lo que usted asocia a esta sortija, que su valor intrínseco. ¿Un recuerdo tal vez?...

Leib cogió la sortija. No estaba seguro de que sus manos no acusaran un temblor demasiado significativo. Tras contemplarla unos momentos hizo que se deslizara al centro de la mano y la cerró.

—Sí, coronel. *Un recuerdo...*

## CAPÍTULO II

Durante los días de convalecencia, Leib se dedicó a dar un detallado informe de lo que había visto en su cautiverio. Eller, la hermosa enfermera, le servía de secretaria.

Una mañana, apenas vio que la enfermera se sentaba frente a él, cogía el, bloc y la pluma estilográfica, y con una pierna sobre la otra, se disponía a escribir, dijo:

—¡No habrá más «memorias»! ¿Por qué secunda usted esta maniobra?

—¿Yo, comandante? Me pidió usted que le ayudara...

—¡Cuentos! Apenas insinué mi deseo de dar por escrito un informe, usted hizo surgir una resma de papel y una pluma inagotable.

Eller rompió a reír. Sus ojos azules eran de una luz muy limpia, y brillante.

—Conozco al coronel Davies. Él no ha aparecido por aquí en estos días. ¿Para qué? Iba bien servido...

Eller quedó muy seria.

—Yo cumplo lo que se me ordena, comandante...

Para mi resulta esto tan agotador como para usted. No estoy práctica...

—No sea modesta. Escribe usted como una máquina. Para una enfermera tan bonita, es demasiado...

Durante un buen rato los dos permanecieron callados. Leib se revolvió en el lecho. En las últimas horas la fiebre que le daba todas las noches había empezado a decrecer, pero ahora, una repentina irritación le hizo mirar a su alrededor con fiereza.

—¿Por qué se ha callado usted? —preguntó, ásperamente.

—¿Qué quiere que diga? La pluma y el bloc ya están guardados.

—Se lo agradezco... Pero hable.

—Puedo contarle mi vida... Usted la suya —dijo Eller, riendo—.

Es lo que suele ocurrir en estos casos. Pero a mí, esos temas me cansan, tanto como a usted sus «memorias»...

Se calló, y se quedó mirando cómo Leib hacía girar la sortija de hueso que tenía enfilada en el dedo meñique de la mano izquierda.

—Tal vez sería interesante hablar de esa sortija —dijo, sin apartar la vista de la mano de Leib.

Así no pudo ver la mirada recelosa que él le dirigía.

—¿Qué es lo que le atrae en esta burda sortija?

—No sé... Quizá el presentimiento de que oculta algo muy íntimo.

Tras un silencio, dijo Leib:

—No nos engañemos, Eller. Es el coronel Davies quien le ha encargado que lo averigüe.

Ella no contestó.

—¿He acertado? —preguntó Leib.

Siguió callada. Leib se revolvió en el lecho, presa de gran agitación. Sus ojos castaños, fulgentes por los restos de fiebre y por las ideas de fuego que acababan de irrumpir en su mente, se clavaron con fuerza en el rostro de la muchacha.

Durante unos segundos observaron tenazmente los encendidos labios de Eller. Luego, los juveniles contornos del busto, su bien torneadas piernas...

—He permanecido muchas horas delirando... ¿Oyó algo acerca de esta sortija?

—¡Comandante!

Los ojos azules dejaron de dar la sensación de aguas limpias y quietas. Eller se había puesto de pie, un poco pálida, mostrando en los labios un leve temblor.

—Creo haberle dicho que mi deber es olvidar cuánto oigo en circunstancias como la suya.

Desde el primer momento que Leib la vio, intentó imaginar aquel cuerpo de perfectas líneas, sin el uniforme.

—¿A que no acepta mi invitación de cenar fuera? Pienso salir esta noche... ¿A que no acepta? —preguntó Leib, riendo.

Eller quedó pensativa.

—¿No? —preguntó Leib—. Recuerde que me lo prometió.

—No lo olvido... Es que estoy viendo la manera de poner acorde su invitación con otro compromiso. Una amiga mía, recién llegada

de Laos, donde presta servicio como enfermera, quiere que esta noche cenemos juntas.

El rostro de Leib se ensombreció.

—Espere —agregó Eller, un poco confusa, como si de pronto reparara en que había cometido un error—. No le he dicho que esa amiga... es hermana de alguien que usted conoce.

El rostro de Leib, ya rasurado, seguía ensombreciéndose.

—Alguien que yo conozco... Y naturalmente, será un hombre.

—El comandante Jones.

—¡Oh, no!... ¡Él pudo venir a la clínica!...

—El coronel se lo prohibió.

—¿Por qué?

—No quería que a usted lo afectara con sus sombrías ideas. El comandante Jones es otro hombre del que usted conoció...

—El coronel me dijo que quería dejar el Ejército.

—No es eso lo peor.

—¿Qué es lo peor?

—Su actual manera de vivir. En cuatro días ha dilapidado la parte que le correspondía de la herencia paterna. Su hermana, que lo adora, y que ingresó en el ejército por estar cerca de él, no sabe qué hacer para remediarlo... Lo más grave es la diabólica pasión que ha despertado en él una bailarina asiática. Una mujer temible, todo lo temible que puede ser una mujer hermosa que sabe que lo es y que, además, se siente enemiga de raza...

Toda la alegría de Leib había desaparecido. Estaba buscando un pretexto para retroceder en la invitación que acaba de hacerle, cuando oyó que Eller declaraba:

—Nuestro plan es cenar en el club «Noche Amarilla»...

Eller quedaba muy cerca y Leib no tuvo más que extender un brazo para sujetarla fuertemente de una muñeca.

—¿Por qué allí precisamente?

—Porque el comandante Jones va allí todas las noches. Su hermana y yo queremos conocer a esa mujer en su mismo puesto de combate.

La voz de Leib se hizo oscura.

—Esa mujer... no será Yul Shay.

—¿Por qué no? —preguntó a su vez Eller, con aire tranquilo.

Iba a responder que porque no creía que fuese precisamente

aquella mujer la que había esclavizado a Jones. Y porque tampoco creía que aquella noche tuviese que ir la hermana de Jones a verla por primera vez.

No podía ser, porque Leib ya había dado a entender en la clínica que aquella noche saldría. Y él tenía el firme propósito de ir al «Noche Amarilla», por algo muy reservado que lo empujaba al establecimiento donde actuaba la bailarina Yul Shay.

—Demasiadas coincidencias, Eller.

—¿Coincidencias en qué? —preguntó ella, como confusa.

Leib se mordió los labios. ¿Daba a entender bruscamente que había descubierto el juego, o se hacía el desentendido?

—Desde luego, nada tiene de particular que yo quiera también conocer a esa mujer. En el campo de concentración había un oficial francés que no hacía más que elogiar su belleza, y sus endemoniadas danzas.

Tenía ya tomada una resolución. Fingiría ignorar que lo espiaban. Por otro lado, si era cierto que Jones estaba relacionado con la bailarina, sería una forma más corta de llegar hasta ella.

Convinieron ir juntos.

El hotel en que había quedado citado con Eller estaba cerca de la clínica. Apenas asomó en el *hall*, vio a un hombre de rostro pálido, enjuto, vestido de etiqueta.

Leib lo reconoció, y le pareció impresionantemente enflaquecido. Quizá fuera la indumentaria. Leib siempre lo había visto vestido de militar.

Quiso disimular la impresión que le producía su aspecto y con gesto de alegría se acercó a él. Jones permanecía sentado en un sillón, ensimismado.

—De paisano a paisano: ¿Nos damos un abrazo, Jones? —dijo Leib.

El otro volvió lentamente la cabeza. Unos ojos grises, de brillo muerto se posaron en el rostro de Leib. Las pupilas fueron avivándose, y como si le costara un gran esfuerzo levantarse, se agarró a los brazos del sillón y muy despacio se incorporó.

Le tendió una mano.

—Celebro verte, Leib.

—No parece celebrarlo mucho, Jones... ¿Acaso es porque te estropeo el plan de esta noche? —preguntó Leib, sintiendo de

repente un incontenible deseo de clavar los colmillos.

—¿Mi plan?

—Sí. He sabido por Eller que os reuníais esta noche y he querido ser de la partida... Pero si estorbo, ¡qué os lleve el diablo!...

Levantó la voz sin darse cuenta. Jones parecía cada vez más desconcertado. Era el primero que le hablaba con firmeza. Hasta entonces todos habían ido a compadecerle.

Pero Leib regresaba de un infierno.

—¡Cuánto teatro!... ¡En qué mala hora se me ocurrió acceder a la pretensión de una muñeca! —Siguió Leib, ya dispuesto a volverse para marcharse.

Jones reaccionó. Y lo agarró de los brazos.

—¡Perdona, Leib!... ¡Es que estoy aturdido!... Siéntate. No tardarán en bajar.

Arrastró un sillón, con repentina energía y lo colocó junto al de Leib. Durante unos momentos permanecieron callados.

—¿Pecieron todos los pilotos? —preguntó Jones.

—¡Todos!...

Jones se pasó la punta de la lengua por los labios secos.

—Me enteré de lo que ocurría en el Departamento... cuando ya no había remedio.

Siguió un silencio. Leib se levantó para dejar el cigarrillo en un cenicero que había en una mesita próxima. Cuando volvió a sentarse encontró a Jones con las manos cogidas, retorciéndoselas con fuerza.

—Lida era la principal culpable...

Leib permaneció callado. Súbitamente, la voz de Jones adquirió un extraño vigor.

—Ella no era más que una pieza en la gran máquina de espionaje que el enemigo tiene montada en nuestra retaguardia. Se lo dije así al Mando, pero no quisieron entenderme...

Se calló y de nuevo volvió a quedar ensimismado.

Ahora Leib no encontró dificultades para preguntar:

—¿Por qué dejas el Ejército?

—Quiero vivir mi vida...

Su voz volvió a apagarse, al preguntar:

—¿Sabías que Lida y yo nos queríamos? —Pero antes de que Leib tuviera tiempo de contestar, añadió—: No era un truco de Lida

para mejor desenvolverse en su condición de espía. Me quería de verdad... Y yo a ella.

Leib quiso aprovechar la ocasión para aconsejar a su amigo.

—Eso es lo que debe detenerte para abandonar el Ejército... Ahora tienes algo que vengar.

Una sorda risa se escapó de los exangües labios de Jones.

—¿Vengar qué? No añadamos tonterías a lo que ya tiene demasiadas... Nada hay que vengar. Cada rueda ha girado sobre su eje.

Se disponía Leib a replicar, cuando se dio cuenta de que alguien se les acercaba. Volvió la cabeza y se encontró con Eller, y otra joven, también rubia, y que parecía un poco mayor que su amiga.

Después de los saludos, Eller inició la salida. En la puerta del hotel aguardaba un coche.

—Asombrosamente hermosa —comentó Leib, aprovechando el momento en que Eller quedaba a su lado.

La joven rompió a reír. Estaba en realidad muy bella, con aquel vestido que realzaba los prodigiosos contornos de su cuerpo, apenas entrevistados anteriormente por Leib, bajo el uniforme de enfermera.

El coche arrancó. El barrio occidental fue quedando atrás. Entraron en una zona, donde Oriente y Occidente se mezclaban. Grandes edificios alternaban con casas de una sola planta, con galerías que cruzaban la fachada.

Antes de detenerse el coche, Leib advirtió la espléndida fachada del «Noche Amarilla».

Momentos después, los cuatro, conducidos por un «*maître*» chino, avanzaban por entre las apretadas mesas de una fastuosa sala, en cuyo centro quedaba descubierta una reluciente pista.

Casi todas las mesas estaban ocupadas. Se veía claro, por el gesto de los empleados, que Jones era habitual en la casa. La mesa que fueron a ocupar, situada en la misma orilla de la pista, estaba reservada para ellos.

Leib pensó si éste sería el sitio que Jones ocupaba todas las noches. Se daba cuenta de la atención que despertaban en toda la sala. Especialmente, Jones.

La mirada de Leib se encontró de pronto con la de Eller. Ambos se comunicaron con los ojos lo que pensaban de aquella situación. Los cuatro constituían la nota más destacada. Sobre todo, Jones

debía ser algo más que un cliente distinguido.

Todos los presentes debían conocer sus locuras, sus despilfarros obsequiando a la inquietante Yul Shay, principal atracción de la casa, y de toda la zona.

En la obsequiosidad de los empleados, todos asiáticos, Leib creyó advertir cierta ironía...

Hong-Kong, aparentemente, parecía entregado a los occidentales. Pero había un subsuelo por dónde se deslizaba un odio mortal. Si como Eller había dicho, Jones estaba esclavizado por la bailarina asiática, aquel vulgar drama se revestía en aquellas circunstancias de algo simbólico. Jones, norteamericano, poniéndose a los pies de una mujer oriental, era un trofeo en aquella guerra sorda...

A poco de entrar empezaron a actuar en la pista distintos artistas, algunos occidentales. Un grupo de bailarinas chinas, muy ligeras de ropa, actuaron a continuación.

En cada mesa había una prueba de lo que era

Hong-Kong,

cruce de razas. Los platos exóticos, el pescado crudo con salsa picante y gotas de menta; huellas del paso de los japoneses; huellas indias...

El perfumado «sake», el licor extraído del arroz; el olor de los platos de extraña condimentación hacían las veces de pebeteros recordando a cada cliente que a pesar del frac y de los lujosos vestidos último modelo de París, se hallaban en Extremo Oriente...

En la mesa de Leib ya les habían servido los licores, cuando terminó su actuación un grupo tibetano.

—Yul Shay va a aparecer ahora —anunció Jones.

Las dos mujeres y Leib se le quedaron mirando, sin saber qué decir. Jones sostuvo la mirada de los tres. En el centro de sus pupilas, algo que parecía proceder de muy hondo, sonrió.

—He dicho que Yul Shay va a salir —repitió, con impresionante frialdad.

—Te hemos oído —repuso su hermana, dirigiéndole una mirada asustada.

—Debe ser muy buena bailarina —comentó Leib—. Se habla mucho de ella.

—Tal vez no os guste... Sale muy ligera de ropa.

—No creo que el comandante proteste —replicó Eller, mirando a Leib humorística.

—Si tiene una figura hermosa, no, desde luego —contestó Leib.

Tácitamente parecían todos haber llegado a un acuerdo, adoptando un tono ligero, indiferente, cuando la verdad era que todos estaban muy afectados ante el momento que iba a llegar.

—Yul Shay tiene algo más que un cuerpo hermoso y un arte exquisito —dijo Jones, como si no se resignara a aquel tono frívolo—. Es una fulminante carga de odio a nuestra raza.

Leib lo miró inquisitivo. ¿Se burlaba de ellos?

—No os esforcéis por aparentar que cuánto acabo de decir os es indiferente —siguió Jones—. Yul Shay os interesa. Es por ella por lo que estáis aquí —y mirando a su hermana—: ¿Digo bien, Mitzi?

Un fuerte brillo acudió a los ojos de su hermana. Nat Jones apartó los ojos de Mitzi y se fijó en Eller.

—¿Usted qué opina? —Sin darle tiempo a contestar, se volvió para mirar a Leib—: ¿Y tú?

La claridad con que Nat Jones planteaba el asunto la interpretó Leib como una provocación, y presentó cara:

—Sabes que me interesa tanto o más que a ti. Con la diferencia de que yo no pienso hacer el payaso...

Por segunda vez, el golpe seco a pleno rostro, hizo efecto. Como en el hotel, Nat Jones estuvo unos momentos aturdido.

—¿Yo... hago el payaso?

—Ésa es mi impresión —contestó Leib.

Tanto la hermana de Nat como Eller, miraban a Leib atónitas.

—¿Por qué... me dices eso? —inquirió Jones.

—Has pedido mi opinión. Y me saca de quicio el teatro que empleas... con tu «tragedia». Te convendría una temporada donde yo he estado.

Lo dijo mirándolo de frente, sosteniendo su mirada. En ese momento las luces quedaron casi apagadas.

En el centro de la pista se volcó una luz rosa, que inmediatamente pasó a violeta. Enseguida una luz anaranjada, luego amarilla...

La orquesta inició una melodía extraña, cautivadora, de fuerte sabor oriental. Como por arte de magia, dentro de la columna de luz que se erguía en el centro de la pista, fue concretándose la

silueta de una mujer, el busto cubierto apenas por una cinta de seda encarnada.

Unas cuantas tiras de seda pendían de la cintura hasta las rodillas. Sobre la blanca espalda volcábase una cabellera negrísima.

La figura permanecía de pie, inmóvil. Tenía las manos sobre los menudos senos, los codos levantados. La columna de luz proseguía sus cambios de color, y la figura pasaba por las distintas facetas de mármol blanco, rosa, bronce oscuro, hasta qué un rojo fuerte dio la sensación de que aquel prodigioso cuerpo estaba hecho de fuego.

Se hallaba muy cerca de la mesa de Leib. De los cuatro, tres la observaban con viva ansiedad.

La hermana de Jones y Eller parecían haber contenido la respiración. Leib miraba atentamente el rostro de la estatua.

Dentro de la columna de luz, unos ojos oblicuos relucían, mirando hacia el sitio en que estaban ellos. Leib no sabría decir si miraba a Jones, o a los cuatro.

Pero estaba bien claro que desde que la figura apareció, solamente miró a ellos. La música avivó su ritmo.

Y de pronto, un golpe de gong dio movimiento a la estatua. Las cintas que pendían de la cintura empezaron a flotar, a enroscarse a los muslos.

La bailarina daba un prodigioso salto, caía con una rodilla apoyada en la pista, se levantaba y se ponía a evolucionar con una rapidez de vértigo. Instantes había en que toda la seda se replegaba a un lado, y la turbadora belleza de su cuerpo aparecía sin obstáculos a los ojos de los espectadores.

La sala había quedado en una discreta penumbra. Todas las caras se hallaban vueltas a la pista.

Nat Jones permanecía con la cabeza un poco inclinada, rayando el mantel con un cuchillo.

Leib, pasado el primer momento de expectación, se dedicó a observar a la bailarina y a Jones. La actitud indiferente, casi burlona de su amigo, no le chocó. Ya estaba preparado para todas las sorpresas.

—¿Te gusta? —preguntó Jones.

—Mucho —contestó Leib, sin poner mucho calor en la respuesta.

—¿No ves un gran misterio en su belleza?

—Ninguno. No mirándole los ojos, puede pasar muy bien por un

prototipo de belleza occidental.

Leib no sabía cuán cerca estaba de la verdad.

—Su madre era europea.

Leib, que se disponía en aquel momento a coger una copa, retiró la mano, en un ademán de sorpresa.

—¿Estás seguro?

El interés con que lo preguntó sorprendió a Jones.

—Completamente seguro.

Hubo una pequeña pausa, más que nada porque las dos jóvenes se habían vuelto a mirarlos.

La danza terminaba. Después de unas evoluciones vertiginosas, la bailarina fue haciendo más pausados los ademanes. Se situó en el sitio donde la luz caía más fuerte.

La ondulación de brazos y caderas se mantuvieron durante unos instantes, hasta que las manos quedaron sobre el pecho, con los codos levantados, lo mismo que al principio.

Quedó de cara a la mesa, los ojos oblicuos enfocando al grupo. Completamente inmóvil, volvió a parecer una estatua. Sobre su blanca piel volvió a resbalar la gama de colores.

Y otra vez la misma sensación de prodigio del primer momento: lentamente, sin poder apreciar las gradaciones, la figura fue esfumándose, diluyéndose en la luz, hasta desaparecer del todo.

Siguió un silencio. Nat Jones se quedó mirando a las dos mujeres y a Leib, con gesto burlón.

—En cualquier mesa se sentirían muy orgullosos de tener a Yul Shay como invitada —dijo pausadamente—. Pero ese honor será para nosotros... Voy por ella.

### CAPÍTULO III

Mitzi se había puesto muy pálida. Y cuando su hermano regresó:

—¡Nat!... ¡No debiste!...

—¡Vamos, pequeña!... ¿Qué te preocupa? —replicó Jones, riendo.

Era la primera vez en toda la noche que reía. Acaso la primera vez en mucho tiempo.

Pero la risa de Nat Jones no tenía nada de tranquilizadora. Era un carraspeo histérico, molesto, que parecía anunciar gritos.

De repente cesó de reír. Dirigió una mirada lenta a todos los que le acompañaban.

—Esta reunión ha sido preparada por vosotros... Queríais conocer a Yul Shay. Ya la habéis visto bailar... Ahora sólo os queda apreciar su refinada educación... Leib, por lo menos, me agradecerá este servicio...

—Desde luego, Jones —contestó Leib, conteniendo a duras penas su irritación, por lo que acababa de oír.

El que Jones lo incluyera en la preparación de aquella escena, lo enfurecía. Él tenía el proyecto de acercarse a Yul Shay, pero no había imaginado que se le anticiparan.

Se volvió rápido, para observar a Eller. Ella le estaba mirando y enseguida miró para otro sitio, enrojeciendo, como si adivinara lo que Leib estaba pensando: que la consideraba un instrumento del coronel Davies, y que era siguiendo sus instrucciones por lo que se encontraban en el «Noche Amarilla».

Yul Shay, elegantemente vestida, se acercaba a su mesa. Jones, que estaba esperándola, se levantó y fue a su encuentro.

Llevaba un costoso vestido, hábilmente ceñido al busto, dejando los bellos hombros desnudos. Una corriente de admiración se había levantado en todas las mesas, al contemplar a plena luz la exótica belleza.

Una oleada de delicioso perfume precedió la llegada de Yul Shay a la mesa. Jones, con sorprendente naturalidad, hizo las presentaciones.

Al momento, Yul Shay se encontraba sentada entre Jones y Leib. Apenas se produjo la natural pausa fría de los primeros instantes.

Yul Shay inició la conversación, sorprendiendo por su perfecto dominio del inglés. Su entonación dulce parecía vestir de seda cada vocablo.

Vista de cerca, Yul Shay parecía todavía una niña. Transcurridos los primeros instantes, la atención de la artista fue quedando concentrada en Leib.

Posiblemente, esa atención se la dictaba su instinto, imaginando una íntima relación entre Leib y cualquiera de las dos mujeres blancas que le acompañaban. Tal vez por ello quiso desplegar todos los resortes de su belleza, para atraerle precisamente a la vista de los demás.

Pero Leib pensaba de otro modo. La bailarina le observaba porque él ya no disimulaba que le importaba Yul Shay y que se encontraba allí para algo más que para admirar su arte y su belleza.

—A mí, por lo menos, me parece que en usted hay algo más importante que su belleza, y su danza —declaró Leib.

Sorprendió incluso a Jones. Pasados los primeros momentos de estupor, Yul Shay se echó a reír.

—Por lo menos encuentro a alguien que no me dice lo de todos.

Pero enseguida se advirtió en ella un empuje hostil hacia Leib. Esto no le afectó lo más mínimo. Leib estaba dispuesto a coger la iniciativa, y a no soltarla, aunque los planes del coronel Davies se fueran al traste.

Eller suscitó el tema del alma oriental comparada con la occidental. Y resultó que la hermosa enfermera conocía Oriente en sus pliegues más sutiles. La misma Yul Shay no, pudo contener un gesto de admiración.

—Gran parte de mi vida se desarrolló en Shanghái —confesó Eller.

—Excelente noticia —comentó Leib.

Jugueteaba entonces con la sortija de hueso. La tiró al centro de la mesa.

—¿Sabría leerme esto? —preguntó.

—¡Oh, no! —rió Eller—. Apenas si pronuncio algunos vocablos.

Eller le miraba con cierto temor. No esperaba que las cosas se produjeran con tanta sencillez.

—Quizá la señorita —murmuró Eller.

Ella misma le ofreció la sortija.

Yul Shay cogió la sortija de hueso. Empezó a mirarla con indiferencia.

Y de pronto, su estudiada majestuosidad pareció derrumbarse a impulsos de un huracán.

Su rostro no pudo ocultar la fuerte conmoción. Palideció de manera que no pasó inadvertido a nadie de los que la rodeaban.

La sortija se le había ido de las manos, rodando de nuevo al centro de la mesa. Acusando un fuerte temblor, dirigió rápidas miradas a los que le rodeaban, como si de repente se sintiese acorralada por mortales enemigos.

—¿No es chino? —preguntó Leib, con admirable impasibilidad.

La artista hizo un supremo esfuerzo para reponerse.

—No puedo decírselo. Los trazos son excesivamente pequeños.

—Es verdad —contestó Leib—. Pero aquí traigo una lupa...

Hizo ademán de sacarla, pero en ese momento la artista se puso de pie.

—Tengo por costumbre retirarme tan pronto termino mi actuación. Ha sido para mí un gran honor tratarles...

—También para nosotros —contestó Leib, levantándose—. Yo confío en que no será ésta la única vez que nos tratemos.

Recalcó las últimas palabras, mirándola fijamente. Ella sostuvo su mirada. Ambos parecían entregados a un reto, que fue captado por Eller.

—Debía usted acompañarla —dijo la enfermera.

—Yul Shay no querrá concederme ese honor —replicó Leib, sonriendo con ironía.

—Efectivamente, no se lo concedo —contestó la bailarina—. No quiero apartarle de sus encantadoras amigas... Pero le prometo que volveremos a vernos.

—Eso espero —contestó Leib.

Jones se levantó entonces y acompañó a Yul Shay, hasta la puerta de la sala.

—Me parece que todos los que nos hemos sentado a esta mesa

perseguiamos el mismo objetivo —comentó Leib.

—No le comprendo —dijo Eller.

—¿De veras?... Hablemos claro. ¿Qué órdenes le ha dado el coronel Davies?

La joven hizo un gesto de sorpresa.

—Suponiendo que fuera cierto que el coronel...

—Bien, Eller. Tampoco voy a obligarla, a que me lo diga... Lo que yo quiero que comprenda es que yo he estado deseando mantener al margen toda intervención oficial. Pero veo que ha sido inútil... En mi delirio debí hablar más de lo necesario.

Se volvió a mirar a un extremo de la sala. Nat Jones regresaba.

—Nada le digan de esto —advirtió Leib, mirando a la hermana de Jones—. Tal vez sea usted, Mitzi, la única de los cuatro que actúa sin doble intención, únicamente interesada en preservar a su hermano de todo peligro...

Jones ya se encontraba a dos pasos.

—¡Es inaudito, Leib! ¡Yul Shay nunca se ha interesado por un hombre como lo ha hecho contigo, cuando apenas hace unos minutos que os conocéis!...

—¿Qué nos *conocemos*, Jones?

—Bueno, ya entiendes... Me ha preguntado insistentemente el hotel donde te hospedas. Yo le he dicho la clínica en que te encontrabas.

—Ya no estoy en la clínica —replicó Leib—. Esta tarde me han dado de alta.

Jones miró a Eller. La enfermera asintió, con un movimiento de cabeza.

—¿Y por qué no me lo han dicho? —preguntó bruscamente.

—¿Era obligado comunicártelo? —preguntó Leib.

Nat Jones se azoró.

—¡Es que he metido la pata!...

Era hora de marcharse. En la puerta del club, Leib quiso separarse del grupo.

—Quiero dar un paseo... Luego cogeré un coche de alquiler.

Se sabía observado por algunos individuos que había en el vestíbulo. Leib hablaba procurando que le oyeran los que les espiaban.

Eller se dio cuenta de la mirada intrigada de algunos individuos,

bien trajeados, y no pudo disimular que la conducta de Leib le afectaba.

—Debía venir con nosotros...

—Me prometí unas horas de paseo solitario por este laberinto.

Se marcharon en un coche de alquiler. Al quedar solo, Leib encendió un cigarrillo y echó a andar, sin preocuparse del rumbo que tomaba.

El conductor detuvo el coche en el borde de la acera. Con su vocecita de muñeco, y en un inglés graciosamente deformado, preguntó:

—¿Es aquí, señor?

Hacía unos minutos que Leib le había dado la dirección de un hotel. Había encontrado el coche en una de las calles menos concurridas. Montó en él sabiendo que el coche había estado siguiéndole.

—Puede que no sea aquí, señor... No estoy seguro de que el nombre de su hotel...

Leib sonrió. El nombre del hotel se lo había inventado. El conductor, como adivinándolo, manifestaba ahora sus dudas.

Aquel lugar estaba demasiado oscuro. Leib abrió la portezuela y se inclinó, para simular que miraba la fachada del edificio.

Lo que esperaba ocurrió. Fuertes manos lo asieron de los hombros. Leib no pensaba resistirse.

Estaba seguro de que lo «invitarían» a tomar el rumbo que los enviados de Yul Shay quisieran trazarle. Pero Leib esperaba que fuera aplicándole una pistola a un costado, empleando palabras corteses.

No ocurrió esto, sino que los que lo tenían cogido de los hombros intentaron aplicarle un golpe de judo en la nuca. Presintiéndolo, Leib hizo un rápido Movimiento, consiguió soltarse. Giró y disparó los puños.



*Giró, y después, los puños...*

## **2 - NOCHE**

Alguien saltó sobre él, por la espalda, como un gato. A uno de los individuos había conseguido alcanzarlo en las mandíbulas y fue a parar al interior del coche.

Leib y lo menos tres individuos, rodaron al suelo, por el impulso que habían tomado todos, en la misma dirección. Cayeron sobre un

suelo de barro seco, y allí estuvieron debatiéndose durante unos momentos.

Leib golpeaba con los puños, con la cabeza, con los pies. Alcanzó con uno de sus formidables puñetazos en el rostro de uno de los atacantes, y se oyó un crujir de huesos al tiempo que un estentóreo alarido.

Al verse libre de uno de los individuos, Leib arreció en los golpes, con los dos que quedaban. Quería ponerse de pie.

Ya lo había casi conseguido, cuando la mano de uno de los adversarios lo agarró del codo. Leib sintió una potente descarga eléctrica.

Con el brazo inmovilizado consiguió enderezarse. Pero otro de los adversarios, con el canto de una mano, lo golpeó en la nuca.

Leib se desplomó, dándose cuenta de que se lanzaba de cabeza a un abismo interminable.

Durante unos momentos su cuerpo permaneció inerte sobre el barro seco. Poco a poco de las sombras fueron irrumpiendo figuras humanas.

Los faros del coche se acababan de encender. Uno de los recién aparecidos dictó unas órdenes y les demás se precipitaron a obedecer.

Dos se inclinaron sobre Leib y, en unos instantes lo dejaron maniatado. Enseguida lo metieron en el coche. Solamente uno de los individuos, el que había dado las órdenes, se sentó al lado de Leib.

Los demás volvieron a ser engullidos por la oscuridad. El coche arrancó...

Despertó en pleno camino. Leib tenía la sensación de que apenas hacía unos minutos que había cerrado los ojos.

Todavía se hallaba algo aturdido, cuando notó la presencia de alguien a su lado.

—¿Puedo saber a dónde me llevan? —preguntó, esforzándose por mantener un tono de indiferencia.

El desconocido se removió en el asiento. Sonó una breve risa. Luego se inclinó sobre la cara de Leib.

—¿Qué puede importarle a dónde vamos?

Su inglés tenía las características deformaciones que le imprimía el acento chino.

—También es estúpida mi pregunta —replicó Leib, simulando un aire divertido—. Después de las «cortesés» maneras que han empleado para meterme en esta excursión...

—Sabrá todo lo que convenga que sepa, señor —contestó el otro, imitando su tono irónico—. Lo importante ahora es que usted se sienta bien. ¿Le molestan las ligaduras? No quiero que lo interprete como que estoy dispuesto a quitárselas. Pero puedo corregir cualquier molestia inútil.

—¿Con otra llave de judo?

—No. Olvide eso —contestó el otro, pasando a un tono conciliador.

El coche se detuvo en aquel momento.

—Hemos llegado —anunció el individuo.

No obstante, no hizo ningún movimiento para apearse. El claxon acababa de hacer unas señales. Al momento se oyó abrirse una puerta de hierro.

El coche reanudó la marcha, pasando por encima de unas baldosas movedizas. Por la ventanilla abierta entró un fuerte olor a jardín recién regado.

El coche se detuvo ante una escalinata. Al pararse el motor, pasaron a primer término los ruidos del jardín.

El individuo que iba al lado de Leib se apeó, rodeó el coche y abrió la portezuela que quedaba más próxima a Leib.

—¿Puede bajar o le ayudo?

Leib no se tomó la molestia de contestar. Estiró las piernas hasta conseguir apoyar los pies en el estribo, y tomando un fuerte impulso, logró separar el tronco del asiento.

Todo un regalo de penetrantes aromas acudió a darle la bienvenida. Leib sonrió. Sabía que se encontraba en la tierra de la astucia y de la doblez. Eso no lo creía un tópico, sino una verdad indestructible. Y al aspirar los perfumes del jardín, su primer pensamiento fue que la Naturaleza le daba la bienvenida con la sonrisa de un asiático, dispuesto a apuñalarle tan pronto se descuidara.

Media luna asomaba por en medio de dos elevados árboles, iluminando un ángulo de un edificio achatado, de tejados superpuestos.

—Cuando usted quiera —invitó el individuo.

Leib lo miró de frente. Era más bajo que él, de contextura poco fuerte. En la penumbra pudo distinguir una cara de facciones asiáticas, y una dentadura blanca, que reía en silencio. La luna lo cogía de perfil y le contorneaba un pronunciado pómulo.

—Tan pronto estemos dentro le desataré las manos —se inclinó, y con un cuchillo le cortó la ligadura de los pies.

Arriba aguardaba una puerta abierta. Tan pronto llegaron al interior, se encendió una luz eléctrica. Ante los ojos de Leib apareció un lujoso vestíbulo, de estila chino.

Cruzaron varios salones. En uno de ellos, el que acompañaba a Leib se aproximó a una mesita sobre la que había un diminuto martillo y un gong, y lo golpeó tres veces. Luego se volvió a mirar a Leib.

—Entre en esa habitación.

En ese momento, una puerta hábilmente disimulada, se abrió.

—Voy a desatarle... Confío en que no hará tonterías. La casa está perfectamente custodiada.

Instantes después, Leib, ya suelto, cruzaba la puerta que acababa de abrirse. Apenas hubo pasado, oyó a sus espaldas un suave rumor. Se volvió y encontró la puerta cerrada.

Forzó la vista para averiguar el sitio en que se hallaba. Una vaga penumbra apenas permitía que se contornearan los objetos. Dio unos pasos hacia adelante y tropezó con un taburete, arrancando tintineos de delicada vajilla.

—Cuidado, comandante Hanley.

Enseguida reconoció la voz de Yul Shay. Venía de un ángulo de la habitación. Se volvió a mirar hacia allí.

La penumbra, poco a poco, iba diluyéndose. Un tono luz rosa iba arrancando de la oscuridad los objetos, y de pronto, el mismo prodigio efectuado en la pista del club, se repitió en aquel departamento.

Dentro de un cono de luz fue recortándose la silueta de Yul Shay. Pero vestida a la manera china, con la bata ancha y larga, de mangas muy anchas, y pantalones también muy anchos y algo cortos, todo de seda.

—¿Por qué no enciende más luz, Yul Shay? No me gusta jugar a los fantasmas.

Los ojos, levemente oblicuos, de tono castaño, relumbraron.

—Nada tiene esto de juego, comandante.

La voz dulce de la bailarina acababa de adquirir un timbre acerado, trasluciendo una amenaza.

—Pero con más luz, las cosas podrían desenvolverse mejor, Yul Shay —contestó Leib, en tono por momentos más ligero—. Lo que en el club puede ser una originalidad, aquí es un estorbo. Quisiera contemplar su belleza a plena luz, Yul Shay.

La artista siguió inmóvil, sentada sobre un taburete, las manos sobre el regazo. Las uñas, muy largas, protegidas por estuches metálicos, pero no era porque fuera necesario protegerlas, sino por dar más carácter a su condición de mujer asiática.

La luz fue poco a poco adquiriendo mayor vigor, hasta que la estancia quedó perfectamente iluminada.

Leib miró a su alrededor, con aire de admiración.

—Un verdadero estuche para la delicada «muñeca» —exclamó, deteniendo la mirada en el rostro de Yul Shay.

De la bailarina emanaba ahora una nueva belleza, muy distinta a la del club.

—No es para escuchar estupideces para lo que le he hecho venir.

—En ese caso sobraba toda esta decoración —replicó Leib—. Bastaba con que me recibiera con ropa de calle.

—No —dijo, con grave entonación—. Mi indumentaria no tiene otro fin que poner entre los dos la barrera que existe entre mi raza y la suya. Tenemos mucho de qué hablar, comandante. Y confío, por su bien, que lo haga con la mayor claridad.

—Veremos... También yo deseo esa claridad en usted.

—Procuraré que no tenga queja... Empiece por decirme con qué fin se ha acercado a mí.

—¡Valiente pregunta! Pero ¿no ha sido usted quien me ha traído?

Leib intentó reír, pero la dura voz de Yul Shay le disuadió.

—Lamentaría mucho que se diera cuenta demasiado tarde de lo grave que es este asunto, comandante Hanley. ¿Cómo ha ido esa sortija a parar a sus manos?

Leib no contestó, mirándola al rostro, como absorto.

—¿Quién la grabó? —Siguió la bailarina.

—Alguien que a estas horas seguramente ya ha muerto... Él me ayudó a escapar del campo de prisioneros. Ese hombre no ignoraba

que tendría que pagar por esa ayuda, y sin embargo, lo hizo. «Mis piernas no podrán llegar a la costa... Las de usted, sí, comandante. Yo haré porque usted salga del país. Pero prométame...». Esto me dijo. Nuestro trato fue sellado en la tórrida choza de un campo de prisioneros. Él y yo no éramos de la misma raza. Sin embargo, los dos sabíamos que cumpliríamos lo pactado. Y aquí estoy, Yul Shay...

Mientras Leib hablaba, ella había ido inclinando la cabeza. Llevaba el cabello recogido, adornado con flores y joyas.

—Desde luego, cuando ese hombre empezó a hablarme de mi misión, me era imposible imaginar que se tratase de acercarme a una estrella de primera magnitud, en las noches de

Hong-Kong

—concluyó Leib, con un tono incisivo.

La muchacha siguió con la cabeza inclinada, mirándose las cuidadas manos. Poco a poco fue levantando la cabeza, hasta mirarle de frente.

—¿Con quién hizo el pacto? —inquirió con voz apagada, pero en la que se advertía una gran ansiedad.

Leib se daba cuenta de que en aquellos momentos tenía los triunfos en las manos. Quiso recrearse en las jugadas.

—¿Quién supone que pueda ser?

Yul Shay le dirigió una mirada inexorable.

—¡No me irrite! ¡Hable!

—Es muy lamentable que pierda sus maneras corteses... A los occidentales siempre nos ha empequeñecido comprobar la finura oriental.

No pudo seguir en aquella actitud burlona. El rostro de Yul Shay se había transfigurado. En todos sus músculos se advertía una contracción de cólera. Sus ojos, más que mirarle, parecían apuñalarle.

—¡Deme la sortija!...

—¿La sortija?... Lo siento, no la tengo.

La bailarina, entornó los ojos, mirándole con inflexible fijeza.

—Sigue usted sin darse cuenta de que el momento es grave.

—Se equivoca —repuso Leib, casi con alegría—. Me he dado cuenta de que me muevo sobre un volcán... Pero yo no puedo darle la sortija por la sencilla razón de que la he perdido.

—¡Miente!

—Se me debió caer en el momento en que sus servidores y yo «tratábamos» la forma de venir aquí... Debió quedar en el barro.

—Está bien... Ya hablaremos de eso más tarde. Poseer ese trozo de hueso no es lo más importante.

—Yo creo que sí —replicó Leib, rápido—. En el breve tiempo que estuvo en sus manos, no es posible que pudiera leer todo lo que llevaba escrito. Algo, sin embargo, entrevió... Yo contaba con que eso la impresionara, pero no hasta el extremo de que se viera en la necesidad de «citarme», apenas transcurridos unos minutos... ¿Es que presentía que yo podía decirle algo interesante?

—Desde luego —contestó la bailarina, con franqueza—. Algo que usted está deseando decir... ¿Por qué no lo hace?

—Tal vez me haya compadecido de su situación.

La pequeña boca de la bailarina quedó en un trazo crispado. Los gordezuelos labios dejaron ver unos dientes menudos y blancos. Su risa saltó sobre el rostro de Leib.

—No me compadezca hasta que hayamos llegado al final de esta entrevista. ¿Quién le dio la sortija? ¿Con quién hizo el pacto?

—Con el general Lo Chen, internado en un campo de prisioneros desde que terminó la guerra en el continente...

—El general Lo Chen murió, al poco de replegarse las fuerzas nacionalistas a Formosa.

—Creí que los dibujos de la sortija le habían demostrado algo —contestó tranquilamente Leib.

—El sentido de esos signos señalan la influencia del general Lo Chen, pero eso no demuestra que él viva todavía.

Yul Shay se había puesto de pie, rompiendo el hieratismo en que había permanecido casi todo el tiempo. Le sobraba aquella indumentaria, tan agitada parecía. Dio unos pasos rápidos de un lado a otro. De pronto, volviéndose a mirar a Leib, preguntó, con oscura voz:

—¡Comandante! ¿Sabía usted que el general Lo Chen era mi padre?

—Desde luego —contestó Leib, sin alterar el gesto—. ¿Y usted, Yul Shay, sabía que el general Lo Chen ha renegado de su hija?

Un lacerante grito se escapó de la garganta de Yul Shay. Cada vez más pálida, avanzó hasta situarse a un paso de Leib.

—¡Usted no dice la verdad! ¡Mi padre se mató, porque no pudo resistir la derrota!...

En los labios de Leib apareció una amarga sonrisa.

—El destino del general Lo Chen ha sido más triste que eso que usted supone. Desde su miserable rincón, ha visto cómo viejos amigos se traicionaban... Y como última amargura, le ha cabido saber que su hija predilecta era objeto de esparcimiento de muchos que contribuyeron a la ruina de su casa... El general no ha ignorado que su hija es uno de los principales agentes al servicio de los que tantos años lo tienen en cautiverio.

Toda la fuerza y decisión que hasta aquel momento había demostrado la hermosa bailarina, se derrumbó. Lentamente fue plegándose, hasta quedar de nuevo sentada, con las manos sobre el regazo.

Hubo un largo silencio. Leib permanecía de pie, a unos pasos de la artista. Yul Shay parecía una muñeca casi oculta por la seda que la envolvía.

Mantén la cabeza inclinada sobre el pecho. Y de pronto se oyó un débil sollozo.

Leib dio un paso hacia la muchacha. Se disponía a hablar, cuando en aquel momento advirtió a sus espaldas un leve rumor.

Volvió rápidamente la cabeza. Fue en el instante en que alguien acababa de aparecer, y preguntaba:

—¿Por qué eso, Yul Shay?

Era el mismo individuo que había acompañado a Leib. Ni por una sola vez miró al yanqui. Sus ojos permanecían fijos en el montón de seda.

—¡Levanta la cabeza! —pidió, autoritario—. ¡No olvides quién te está observando!...

Eso iba por Leib. La indicación había estado bien elegida. Instantáneamente, Yul Shay se transfiguró.

Se puso de pie, erguida. El peinado se había deshecho y parte de él le caía sobre los hombros.

Sus ojos tenían ahora un peligroso relampagueo.

—¡Su jugada le ha salido bien, Leib Hanley! ¡Pero no cante victoria demasiado pronto!

Toda su dulzura de voz había desaparecido. Tal vez sin aquella delicada envoltura de seda, su colérico estado hubiera sido más

impresionante.

Ella misma pareció darse cuenta de lo impropio de aquella ropa y miró su tradicional traje casi con odio. Sus afilados dedos, ya desprovistos de las fundas, se agarraron a la seda e intentaron rasgarla.

No pudiendo conseguirlo miró hacia la puertecita recién abierta y antes de dirigirse allí, al ir a cruzar la estancia dio un puntapié a la pequeña mesita repleta de valiosas porcelanas. Tazas y tetera rodaron por el suelo.

—¡Vuelvo enseguida!...

Ya se hallaba fuera, cuando retrocedió.

—¡Wang Keng! ¡Llévalo a la sala grande!...

Sin aguardar respuesta se marchó. Apenas hubo desaparecido, el asiático miró a Leib y le hizo un gesto, que era una orden.

Leib le siguió. Cruzaron un largo corredor, luego una habitación semejante a la que acababan de dejar y desembocaron en una espaciosa sala.

El asiático ordenó con el gesto a Leib que se sentara. Éste obedeció.

Wang Keng empezó a pasearse, con paso corto y rápido. Su característica impasibilidad aparecía rota por una honda preocupación.

Leib le observaba, intrigado. Varias veces estuvo a punto de romper aquel pesado silencio.

—¡En mi vida he efectuado una visita más extraña! ¿Para qué me han traído aquí, si cuando la conversación se ponía interesante la interrumpen?

—No, comandante Hanley: Vamos a proseguirla.

Era Yul Shay quien, lo decía. Ataviada a la manera accidental, con un vestido chaqueta exento de adornos, algo que recordaba el uniforme militar femenino, avanzó con paso rápido hasta situarse tras una mesa escritorio.

—Siéntese más cerca —ordenó a Leib, sentándose ella y cruzando los brazos sobre el tablero.

Leib se levantó, cogió la silla y la trasladó a un paso de la mesa, frente a Yul Shay. La artista dejó correr su mirada a lo largo de la habitación.

—Es preferible que la entrevista se desarrolle en términos más

«occidentales». A nosotros no nos cuesta ningún esfuerzo rebasar la frontera que nos separa de ustedes... Al alcance de una de mis manos tengo una pistola, comandante Hanley. Si llega el caso no vacilaré en vaciar el cargador en su cabeza...

Y Leib, mirándola con aire burlón, replicó, suavemente:

—No lo haré.

## CAPÍTULO IV

Yul Shay se quedó mirándolo con una ironía demasiado peligrosa.

—¿Cree usted que me temblaría el pulso?

—A usted le intereso vivo. Lo poco que le he dicho le preocupa demasiado.

—¡Ahora lo veremos!... ¡Wang Keng! ¡Cachéale!...

El asiático se acercó al yanqui, aparentemente sin tomar precauciones. Cuando puso las manos encima de la ropa de Leib, éste hizo un rápido movimiento, le agarró de un brazo y el asiático salió disparado.

Su cuerpo chocó estruendosamente contra uno de los sillones, derribándolo. Pero el cuerpo del oriental pareció de goma. Al tocar el suelo, rebotó.

Echó a andar, en actitud felina, de cara a Leib. Sus ojillos de corte oblicuo fulgían, y sus diminutas manos permanecían entreabiertas, los dedos en garra.

Por momentos, la distancia que mediaba entre el oriental y el yanqui era más corta.

—¡Quieto, Wang Keng!... —gritó Yul Shay. Y dirigiéndose a Leib —: ¿Usted no querrá que termine la fiesta antes de haber empezado?

—Quería liquidar una cuenta que tenía con este «amigo». Todavía me duele la nuca... Por lo demás, estoy dispuesto a dejarme registrar. Aunque les prevengo que no llevo armas.

—Ya hace rato que sabemos que está desarmado —replicó la artista.

—Tampoco llevo papeles que puedan interesarles.

—Queremos la sortija.

—Le he dicho que no la llevo... Pueden registrarme.

Wang Keng volvió a acercarse, siempre con la misma apariencia

de que no le preocupaba lo que pudiera, hacer su adversario. En unos segundos lo registró. Y no apareció la sortija.

—Está bien —dijo Yul Shay—. Es de Suponer que antes de salir del club la diera a alguno de sus amigos... ¿A la bella rubia, tal vez?

Miró insistente, buscando las pupilas de Leib. Éste forzó los recursos para el disimulo. Lo que Yul Shay acababa de insinuar respondía a la verdad. La sortija la tenía Eller.

—Pronto lo comprobaremos —dejó caer la bailarina—. Esas señoritas están al llegar.

Leib cambió de gesto. Inclinandose sobre la mesa, dijo:

—Si hacen algo contra esas señoritas, a nadie más que a ustedes perjudicarán. Ellas no están solas.

—Lo sabemos. Agentes de información rondaban cerca de esas señoritas... Pero nosotros también tenemos nuestros medios para mover marionetas. Ustedes han querido mantener al margen a las autoridades británicas y eso nos ha favorecido. Ustedes y nosotros nos encontramos en zona «neutral»... Puede estar usted seguro de que sus amigas estarán pronto aquí, sin haber dejado huella de su paso...

Hubo una pausa, llena de ansiedad. Los dos se miraban, como midiéndose.

—Le salió demasiado bien su primera jugada, comandante —dijo Yul Shay, con ironía—. Utilizó recursos inesperados.

—Se equivoca. No ha habido trampa... No he hecho más que transmitirle unas palabras que se me confiaron hace unas semanas. He cumplido la promesa que hice al general Lo Chen...

—¡Cállese! —le interrumpió Yul Shay, hecha una furia—. ¡Esta vez no le creeré!

—Me creerá... a pesar suyo...

Iba a proseguir, cuando se oyeron pasos, aproximándose. Wang Keng se acercó a la puerta, la abrió y apareció otro asiático.

El recién llegado murmuró algo al oído de Wang Keng y éste se volvió a Yul Shay. La joven le preguntó algo con los ojos y Wang Keng asintió.

La puerta quedó cerrada, quedando solos Leib y la bailarina.

—Sus amigas han llegado.

—Se arrepentirá de haber hecho intervenir gente totalmente ajena al asunto —replicó Leib, fríamente.

De nuevo se oyó rumor de pasos, ahora en mayor número. La puerta se abrió y aparecieron Wang Keng, Eller y Mitzi. Sólo la hermana de Nat Jones parecía asustada.

Eller estaba muy serena. Con toda naturalidad contestó a la sonrisa que le dirigió Leib y enseguida se volvió para mirar a Yul Shay.

—No esperaba que nos volviéramos a ver tan pronto —dijo, a modo de saludo.

La artista se había puesto en pie. Iba a contestarle con una frase mordaz, cuando reparo en algo que le ofrecía Wang Keng.

Se precipitó a cogerlo. Como si se hiciera cargo de la más delicada joya, mirándola obsesionada, fue a situarse en el lado de la mesa donde se hallaba antes.

Se sentó lentamente, sin apartar un segundo la mirada del hueso labrado. Extendió una mano y dobló el Brazo flexible de una lámpara de mesa. De un cajón sacó una lupa.

En la estancia se hizo el más absoluto silencio. Ésta tensa, dramática quietud, se mantuvo varios minutos. Los ojos de Leib, de las dos amigas y de Wang Keng, permanecían fijos en el rostro de Yul Shay.

La artista parecía ajena a todo cuanto la rodeaba. Su semblante se había demudado. Reacciones muy opuestas habían ido reflejándose en su rostro.

De pronto, la lupa y la sortija escaparon de sus manos.

—¡No conseguiré nada, perro blanco!... ¡Muy bien planeada la treta, pero le fallará! ¡No creo nada en absoluto!...

—Lo que no impedirá que la cosa exista —contestó Leib, tranquilamente.

Avanzó unos pasos, hasta situarse junto a la mesa, siempre de frente a Yul Shay.

—Contaba con que esta entrevista se desarrollara de otra forma —prosiguió, sin asomos de ironía—. Por eso no quise llevar conmigo la sortija. El fondo de esta cuestión hubiera quedado aplazado para más adelante...

—¿Por qué?

—Hubiera sido una ventaja para los dos. La sortija estaba bien en manos de la señorita Eller. Al fin y al cabo, es una neutral...

Al oír esto, Yul Shay soltó la risa, que enseguida cortó, para

mirar con saña a Eller y a Leib.

—¡Una neutral!... ¡El agente

«R-4»

es una neutral!...

Lo que acababa de afirmar Yul Shay, lo había sospechado Leib. Y le irritaba verlo confirmado por obra del enemigo.

Miró severamente a Eller. La joven esquivó sus ojos. Poniéndose de lado a Leib, se encaró con Yul Shay.

—No me sorprende que esté tan bien informada...

—¿No? —inquirió la bailarina—. Pues parece usted un poco desconcertada.

—Porque no imaginaba que una persona tan sagaz como usted, cometiera esta torpeza. La sigla

«R-4»

fue un anzuelo preparado por el coronel Davies. Sólo tres personas lo sabíamos: el coronel; yo, naturalmente... y esa tercera persona que se lo ha facilitado. Debió callarse, Yul Shay.

Debía ser verdad lo que Eller acababa de decir, pues la mirada de triunfo desapareció de los ojos de Yul Shay. Los labios acusaron un leve temblor. La bailarina iba a proferir una frase colérica, pero se contuvo, mordiéndose los labios.

—¿Cree usted haber conseguido alguna ventaja con ello? —preguntó pausadamente.

—Espero que sí —contestó Eller.

—Lo dudo. El que sepamos los aquí presentes quién es ese «tercero» que me facilita información tan reservada como es su nombre de agente, no quiere decir que esto vaya a tener consecuencias fuera de aquí.

Se interrumpió, para dirigir una mirada conmisericordiosa a Mitzi, la hermana del comandante Jones. Por momentos, ésta se mostraba más abatida.

—Wang Keng: Llévate a la señorita Jones... Instálala cómodamente.

Mitzi quiso resistirse, acudiendo a refugiarse en los brazos de Eller. Ésta le acarició la cabeza y le aconsejó que obedeciera.

Cuando el asiático y Mitzi salieron, los tres que quedaron permanecieron unos instantes observándose.

—Aparte de todo, quiero darle las gracias por la atención que ha

tenido haciendo salir a Mitzi —dijo Eller, sincera.

—No se precipite. Mi intención no ha sido solamente evitarle un mal rato. Más que nada ha sido por evitarme el estorbo de unos sollozos inoportunos...

—De todas formas, gracias.

La serenidad y la belleza de Eller por momentos parecían crisparla. Se dirigió a Leib:

—¿Qué le parece esta situación?

—Algo confusa, pero interesante. Presiento que los acontecimientos van a precipitarse...

—Desgraciadamente —replicó Yul Shay, sin muestras de burla—, el final no puede ser bueno para todos. Tal como se hallan las cosas, usted y su amiga van a tener algo que lamentar... Más bien, no van a poder lamentar nada.

—¿Es una amenaza, Yul Shay?

—No. Es una fatalidad... Nadie sabe que ustedes se encuentran aquí.

—No esté tan segura.

—¿Confía en el comandante Jones?

Leib no contestó.

—Pregúntele a su amiga qué ayuda puede esperar de él —siguió la bailarina.

—¿Qué ha querido decir? —preguntó Leib, haciendo el ademán de abalanzarse sobre Yul Shay.

—¡Déjela, Leib! ¡Yo le diré lo que usted quiere saber! —Manifestó Eller, afectada por la furia que poseía a Leib, y que en aquellos momentos podía resultar demasiado fatal para los dos—. El tercero que sabía mi nombre de agente... era el comandante Jones.

Leib permaneció unos momentos ensimismado. Luego, mirando a la bailarina, con gesto irónico, manifestó:

—En el club llegué a dudar que fuera cierto que Jones estuviera esclavizado por su belleza...

Siguió hablando, situándose cada vez más cerca de Yul Shay. La miraba como maravillado de su belleza, como si midiese los encantos que habían sojuzgado a Nat Jones.

—Desde luego no se puede negar que es usted algo excepcional.

Los ojos de Yul Shay permanecían suspensos en los de Leib, como si aquella actitud de franca admiración a su belleza la hubiese

inmovilizado.

De pronto pareció recordar que no se encontraban solos. Se volvió hacia Eller. La miró agresiva, no porque fuese agente adversario, sino porque era hermosa...

El error de Yul Shay fue dejarse llevar a destiempo por confusas reacciones. Reparó en ello cuando ya Leib la tenía cogida por la cintura y casi en volandas, la separaba de la mesa.

Sin soltarla, sujetándola fuertemente con un brasa, con la otra mano buscó en el cajón que había entreabierto. Tan pronto hubo afirmado en su mano una automática, soltó a Yul Shay.

Dio un salto y se colocó al lado de Eller, amparándola con su cuerpo y retrocediendo hacia un ángulo de la habitación desde el que podía batir la puerta por la que había salido Wang Keng.

—¡Yul Shay! ¡Preste atención a lo que le voy a decir!... —dijo Leib, con voz fría—. Los peligros que he desafiado para llegar hasta aquí deben darle la convicción de que esto no va a terminar en un juego de niños... Yo también estoy dispuesto a vaciar el cargador sobre su hermosa cabeza, si veo que no hay otra salida...

Hizo una pausa. Yul Shay permanecía, inmóvil, en la misma actitud en que quedó al soltarla él.

—Usted no cree que el general Lo Chen vive todavía... Tal vez tenga razón. Él ya estaba convencido de que mi salida le costaría la vida...

De nuevo se encendieron los ojos de Yul Shay.

—Admitiendo que sea cierto... usted aceptó la libertad a costa de la vida de otro...

—Se equivoca, Yul Shay... No podrá despertar cargos de conciencia. Cuando yo dejé al general Lo Chen, de él sólo quedaba una sombra. Pero el poco aliento que le restaba era para impulsarme a salir, para venir aquí y comunicarle que renegaba de usted.

Yul Shay iba a soltar una colérica exclamación, pero súbitamente se encogió de hombros y se sentó. Puso una pierna sobre la otra y la estrecha falda se ciñó a su soberbia escultura. Con los ojos entornados se quedó mirando a Leib, en desafiadora burla.

—Pero su padre quería que le dijera algo más, Yul Shay... Que él sabía que en sus días de infancia usted cometió un asesinato, sin tener consideración a la ley de la hospitalidad.

La impasibilidad, la expresión burlona de Yul Shay, se rompió.

—Es precisamente ese crimen lo que me ha traído hasta usted —concluyó Leib.

Tras unos segundos en que las pulsaciones dejaron de existir en Yul Shay, la artista se recobró. Humedeció los labios con la punta de la lengua y pronunció, con lentitud:

—No comprendo nada.

—Usted, siendo todavía una niña, mató a un diplomático occidental... El mismo día en que Cantón se rendía...

Yul Shay entornó los ojos. Y se sintió de pronto transportada a aquellas ansiosas horas en que los disparos hacían crepitar la ciudad donde ella tenía su casa paterna...

Esta vez Leib estaba prevenido contra toda sorpresa. Apenas advirtió una vibración a sus espaldas, dio un empujón a Eller, y agachándose, corrió a situarse al lado de Yul Shay.

Al mismo tiempo se oían dos detonaciones. Los proyectiles se empotraron en una de las paredes.

Tan pronto Leib estuvo junto a la bailarina, giró rápido su mano armada y disparó. Un asiático mucho más alto que Wang Keng, el que anunció la llegada de Eller y Mitzi, lanzó a lo alto un estallido de sangre y se desplomó.

Leib había vuelto a sujetar a Yul Shay. Así que hubo disparado contra el individuo, apoyó el cañón en el pecho de la bailarina.

—¡La mataré, Yul, Shay! ¡No lo dude!... Dé orden de que no nos interrumpan...

Wang Keng acababa de asomar con una metralleta.

—¡Puedes disparar! —le desafió Leib—. Ahora veremos el valor que le concedéis a la hermosa Yul Shay —concluyó, sardónico.

—¡Retírate, Wang Keng! —ordenó con ronca voz la bailarina—. ¡Que nadie nos moleste!...

Con el gesto indicó que se llevara el cadáver. Wang Keng no se movió del sitio, manteniendo horizontal el arma. Hizo un movimiento con la cabeza y aparecieron otros dos individuos que se inclinaron sobre el cadáver y cogiéndolo por los extremos, se lo llevaron, sin mirar a nadie.

—Acérquese, Eller —dijo Leib, así que quedaron los tres solos—. Yul Shay nos servirá de salvaguarda.

Se colocaron a un lado de la bailarina. Leib seguía manteniendo

la automática lista para disparar.

—Siga recordando las jornadas que precedieron a la caída de Cantón... En aquellos días había una hermosa niña, hija de un general glorioso, un hombre cultísimo y todo un caballero. Esa niña parecía identificada con todo lo que su padre sentía y soñaba. Hasta entonces habían sido una sola alma...

—¡Termine, miserable blanco! —Su grito fue más bien un gemido.

—Un caballero occidental, íntimo amigo de su padre, con documentos y valores de la embajada, pidió refugio en su casa... Usted misma le escribió a su padre que le había dado muerte...

—El general comprendió fácilmente que la eliminación de aquel enemigo era un bien para su patria... y para su hogar —replicó Yul Shay, apagadamente.

—El general Lo Chen pensó de otra forma... Pensó que las joyas la cegaron... Nunca han aparecido, Yul Shay: ¿Qué hizo con esos valores? ¿Montar el club «Noche Amarilla»?

Siguió un prolongado silencio. Leib miraba el altivo busto de la artista, que apenas palpitaba.

—El general Lo Chen reniega de su hija —continuó Leib. Y enseguida, con un tono distinto, agregó—: Cree que se ha convertido en una pella de sucio barro... su limpia *Chispa de Sol*...

Fueron estas últimas palabras las que en realidad afectaron a Yul Shay. Con el rostro desencajado se volvió de cara a Leib, como dispuesta a lanzarse sobre él, sin preocuparse de la pistola que empuñaba.

Leib sabía que había asestado el golpe decisivo. Aquella simple expresión, «Chispa de Sol», era el modo familiar, íntimo, con que el general Lo Chen se dirigía a su hija en los días de su niñez.

Cuando la bailarina habló, su voz sonó henchida de dramatismo.

—¡Ni aun así vencerá! ¡Puede usted disparar sobre mí, pero de aquí no saldrá ninguno de ustedes! Todo este asunto volverá a quedar enterrado... ¡Sí, adivinó usted! Las joyas han servido para robustecer el servicio de espionaje. Estamos haciendo todo lo posible por destruir a ustedes...

—¿Y lo conseguirá, Yul Shay? —La interrumpió Leib, con sombría ironía.

—Por lo que a mí respecta, lo estoy consiguiendo todos los días.

El club nocturno es mi campo de lucha. Miles de ustedes viven pendientes de lo que yo disponga...

—¿No es demasiado?

—Tiene usted una prueba con lo que ocurrió a usted y a sus compañeros de vuelo... Creo que se sabía que iban a asomar en territorio chino.

—Obra de una mujer blanca, no de usted.

—¿Se refiere a Lida? Esa mujer no era más que una estúpida romántica. Ella apenas sabía nada. Sirvió para desviar las sospechas, sacrificándose por alguien que ella quería, sin saber que él estaba sometido a mí...

—¡Estupenda sorpresa! ¿Verdad, Leib? —pregunté una voz nueva.

Era Nat Jones. Había aparecido por la misma puerta que antes sirvió para sacar al muerto. Todavía vestía de etiqueta.

Permanecía con los brazos cruzados. Impresionaba su rostro pálido, su mirada febril.

—Lida pagó por mí —dijo Nat Jones, en un tono, que quería ser despreocupado.

En ese momento, Eller hizo un gesto de alarma y gritó:

—¡Cuidado, Leib!

Pero ya era tarde. Un rápido movimiento de Yul Shay se convirtió en una irresistible llave en el brazo armado de Leib. La pistola cayó al suelo.

Leib, presintiendo un nuevo peligro, dio un salto y giró, en el momento en que la bailarina se disponía a asestarle un golpe en la nuca.

Antes llegó su puño a la barbilla de Yul Shay. La vio tambalearse, retrocediendo de espaldas. Leib la cogió de los hombros, inclinándose sobre el rostro de ella.

—¿Por qué, maldita?...

Sentía deseos de volcarse sobre su boca, y devorarla a besos, para luego maldecirla, con mayor fuerza. Era el honorable Lo Chen quién había sembrado en su alma aquel veneno, hablándole de «Chispa de Sol», en las horas sombrías del campo de concentración.

Sujetándola de los hombros, la oprimía contra su cuerpo. Todo el peso de ella descansaba sobre él, imprimiéndole la maldición de su desesperante belleza.

Se habían abierto varias puertas hábilmente disimuladas y un gran número de individuos invadieron el departamento.

Entonces dio comienzo una lucha desproporcionada y feroz. Leib había soltado a Yul Shay y se había puesto a golpear a todo el que se le acercaba.

Sabía desde el principio que al final sería reducido, pero una furia incontenible le empujaba contra la avalancha de hombres.

Evitó por todos los medios que lo rodearan. En tasto dispusiera de libertad de movimientos, sus adversarios iban a pasarlo mal.

Los primeros puñetazos alcanzaron a los individuos en pleno rostro, obligándoles a retroceder y a caer inertes. Poco a poco, la lucha fue adquiriendo mayor velocidad. Los individuos adoptaron la misma táctica que Leib.

En ningún sitio se estaban quietos. Metían fintas en todos sentidos y Leib tuvo que ir replegándose, buscando un ángulo de la habitación.

Pronto los puños no bastaron y Leib, asiendo una silla, empezó a hacerla girar en lo alto, trazando un ancho círculo. Varias cabezas sangraban...

Veía que el agotamiento no tardaría en apoderársele. Dirigió una fugaz mirada hacia el sitio en que dejó a Eller y a Jones, y no los encontró.

También había desaparecido Yul Shay. Esto lo distrajo una fracción de segundo. Varios individuos habían conseguido rodearle.

Tan reducido era el espacio que quedaba, que tuvo que soltar la silla. Con los brazos y las piernas siguió golpeando, aplicando golpes de judo...

De pronto, Leib quedó con el brazo con que se disponía a descargar el último golpe, suspenso en el aire. La luz desapareció de sus ojos y agudos silbidos le ensordecieron. Se dio cuenta de cómo se desplomaba, y su cabeza chocaba contra el suelo. Vio incluso la cara del primero que se inclinó para observarle. Luego se sumió en la más completa inconsciencia...

## CAPÍTULO V

Un rayo de sol le dio en la cara. Enseguida, por asociación, recordó las palabras que tanto efecto produjeron en Yul Shay: «Chispa de Sol».

Se felicitaba por la técnica empleada en la entrevista con la artista. Gradualmente había ido exponiendo su misión. Ahora, la suerte estaba echada.

Un cercano rumor de pasos interrumpió sus pensamientos. Hizo un esfuerzo para incorporarse.

Le dolía toda la espalda, pero consiguió sentarle en el camastro. Al oír que funcionaba la cerradura de la puerta, volvió a echarse, simulando hallarse dormido.

Apareció Wang Keng. En su rostro amarillo destacaban varias moraduras y un trocito de tafetán le cerraba un corte encima de la ceja derecha.

Al asomar dirigió sus ojos cargados de odio hacia Leib. Esta vez ya no se mostraba tan desprevenido como en otras ocasiones. Con la derecha empuñaba una automática.

Leib se dio cuenta de que se encontraba en uno de sus momentos más críticos. El odio de aquel individuo podía desatarse en descargas hechas con toda impunidad.

De Yul Shay se sentía casi a cubierto. Tenía la esperanza de que ella retrasaría su eliminación, hasta averiguar cuanto pudiera sobre su padre.

Era de los subordinados de quien tenía que temer. El menor intento de resistencia bastaría para provocar el fin.

A los pocos momentos lo comprobó. Wang Keng asomaba en plan de provocación. Faltando un paso para llegar a él, se le quedó mirando. En sus ojos había un brillo siniestro.

De súbito, Wang Keng dio un puntapié a una de las patas que sostenían el camastro y éste quedó volcado. Al encontronazo, Leib

simuló que despertaba.

Se quedó mirando al individuo. La sonrisa que había en la boca de Wang Keng le dio frío.

—Hola...

Intentó incorporarse. La pistola que le amenazaba le buscó el rostro.

—El menor movimiento, y te acribillo.

Leib permaneció quieto.

—¡Buen despertar tenemos! —exclamó, con humor suicida.

Se cruzó de brazos, como resignado y sin mirar al individuo, se puso a canturrear.

—¡Cállate!...

—Como quieras... Pero si me dieras un cigarrillo... Presiento que va a ser el último.

Wang Keng, ante la inesperada salida de Leib, soltó un gruñido. Su mirada se hizo más cortante. Parecía dispuesto a dar otro puntapié, pero esta vez dirigido al estómago de Leib.

—¡Dale el cigarrillo, Wang Keng!...

Era Yul Shay. Al mismo tiempo que su voz la anunciaba, una oleada de delicioso perfume invadió la habitación. Leib tuvo que volver la cabeza para verla.

Vestía de calle, falda y chaqueta de trazo severo, muy parecido a la noche anterior. Otra vez le sugirió el uniforme militar femenino estadounidenses.

Se fijó atentamente en el rostro de la artista. No en vano habían transcurrido unas horas de máxima tensión. Los delicados rasgos de su cara tenían un aire atormentado.

Yul Shay, al fijarse en el camastro derribado, comprendió, y miró con dureza a Wang Keng.

—¿Quién te lo ha ordenado?

Durante unos segundos, Wang Keng pareció luchar en dar suelta a una réplica violenta. La artista, se quedó esperando, casi desafiándole con la mirada.

Enseguida le volvió la espalda y se dirigió a Leib.

—Levántate.

Leib obedeció, exagerando las dificultades que presentaban sus miembros doloridos. Cogió la pata suelta del camastro y la colocó en su sitio. Luego se sentó en el borde del camastro.

Yul Shay le ofreció un paquete de cigarrillos. Leib lo cogió y extrajo un cigarrillo, dejando el paquete sobre el camastro.

Una delicada mano avanzó hacia el rostro de Leib, manteniendo un diminuto encendedor con la llama prendida. Leib fue a cogerlo, rozando los dedos de Yul Shay, pero ella se hizo atrás, esquivando su contacto.

Leib vio que su mano temblaba. Acercó el cigarrillo a la llama, y así que hubo encendido, volvió a fijar la mirada en la mano de la artista.

Yul Shay apagó el encendedor y lo tiró adonde había quedado el paquete de cigarrillos.

—¡Retírate, Wang Keng! —ordenó ella.

No pareció dispuesto a obedecer. Yul Shay se volvió rápida.

—¿Qué significa esto?

La insidia que había en los ojos de Wang Keng se avivó. Iba a replicar, pero Yul Shay no le dio tiempo, vibrando de cólera:

—¡Márchate!...

Leib la vio magnífica en su furia. La sensación de cansancio, de desaliento que daba momentos antes, se había convertido en algo lleno de vitalidad y dominio. Por unos instantes, sus ojos, levemente oblicuos, parecieron adquirir un corte de almendra...

—¡Márchate, y tarda en volver a ponerte delante de mí!...

Avanzó el cuerpo hasta casi echarse sobre él. Si no con las manos, con la mirada, con la manera de emitir los vocablos parecía estar abofeteándolo.

Wang Keng no pudo resistir aquella avalancha de cólera y se hizo unos pasos atrás. La mano con que sujetaba la culata de la pistola hincó las uñas en las cachas. Y se marchó, dando un portazo.

Transcurridos unos instantes, Yul Shay fue a la puerta, la abrió, miró al pasillo y volvió a cerrar, dejando la puerta entornada.

—Puede no creer nada de cuánto ha presenciado —dijo ella, todavía con voz irritada.

Leib, sentado al borde del camastro, permanecía con las manos cruzadas, el cigarrillo en los labios, mirando al suelo, pensativo.

—Lo que entre vosotros ocurra —dijo tuteándola—, no puede preocuparme... ¿Puedes decirme la situación de Eller y Mitzi?

—Han sido trasladadas a sitio seguro... Con ellas ha ido el comandante Jones.

—¿A sitio «seguro»? Suponiendo que no existan muchos tipos como el que acaba de marcharse...

Tocaba en carne viva. La disidencia entre sus subordinados la estaba preocupando en aquellos momentos.

—¡Ni Wang Keng ni nadie se atreverá a importunarlas, en tanto yo no ordene lo contrario!... De momento me interesa que ellas estén al margen de este asunto.

En la habitación había una ventana con reja que daba al jardín. Yul Shay se cruzó de brazos y apoyó un hombro contra el marco.

—He mandado cursar un mensaje preguntando por el general Lo Chen. Espero que me respondan la verdad.

—Lo dudo —replicó Leib, escueto.

—¿Por qué?

—Permíteme que antes te haga yo una pregunta: ¿Es del dominio público que eres hija del general Lo Chen?

—No... Mi padre siempre ha mantenido en la sombra mi situación. Hay algo muy torpe en mi pasado. Algo que me obliga a odiaros con mayor fuerza...

Leib recordó lo dicho por Jones, en el club, de que la madre de Yul Shay era europea. Recordó, también, las veces que en la choza del campo de concentración, al aludir el origen de Yul Shay, el rostro del general Lo Chen se ensombrecía.

—Si has conocido a mi padre...

—Lo he conocido, Yul Shay. No lo dudes...

—Entonces te habrás dado cuenta de su bondad.

—El alma más noble que nunca he conocido —contestó Leib.

Tras un silencio, dijo Yul Shay:

—Oficialmente, hace años que el general Lo Chen está muerto. Yo desaparecí de Cantón, de mi casa, apenas rendirse la ciudad... En estos años he llegado a los fondos más oscuros. No pretendo moralizar, «comandante» —dijo, con una inflexión irónica—. Sería ridículo intentarlo... Pero hay algo que todavía me horroriza. ¿Conoces el lado trágico de las noches de Hong-Kong?

Busca las zonas sumidas en la más espantosa oscuridad, donde el hambre empuja a seres que apenas han empezado a vivir a la depravación más horrible... ¡Y sois vosotros, blancos malditos, los que con mayor morbosidad provocáis esta situación!... Cada

occidental parece creerse con el derecho de venir a esta tierra para volcar su cubo de basura... ¡Os odio! ¡Mientras aliente os haré todo el daño que pueda!...

Siguió un largo silencio. Yul Shay estuvo unos momentos paseándose. Poco a poco fue calmándose.

Quedó parada frente a Leib.

—¡Háblame de mi padre!...

Leib empezó a referir las primeras palabras cruzadas con él, apenas ingresar en el campo. Yul Shay, suavemente, como si temiera que cualquier movimiento brusco fuera a interrumpir a Leib, se deslizó hasta quedar sentada sobre una caja de madera.

Se perfilaban sus largos muslos bajo la falda. Apoyó los codos sobre las rodillas, e inclinando la cabeza, hundió los afilados dedos en la cabellera.

A medida que transcurrían los minutos, Leib se sentía Más impresionado del fenómeno que se producía en el rostro de Yul Shay. El trazo asiático había momentos en que desaparecía, borrado por un aire marcadamente occidental.

Como si la lucha que se estaba desarrollando en su espíritu se reflejase en su cara, la pugna entre las dos razas; la entrega a una de las partes y la renuncia, el desprecio a la otra... Así se producían las sucesivas transformaciones.

Tan interesado estaba en la contemplación de aquellos cambios que, sin darse cuenta, se calló, suspenso, adsorbido por la belleza de Yul Shay.

La muchacha quedó mirándole, desconcertada. De pronto, exclamó:

—¡Quisiera que fueras distinto a los demás!...

Leib pareció despertar. Lo que sentía por Yul Shay no era sólo curiosidad, ante un extraño y fascinante ejemplar de la Naturaleza. Esto le asustó.

—Verdaderamente resultas peligrosa, aun sin proponértelo... Te he imaginado desde la sombría choza, oyendo a tu padre... Él desbordó mi imaginación, dándome rasgos de «Chispa de Sol»...

En la hermosa frente de Yul Shay se produjo una atormentada arruga.

—¡No sé cómo resolver esto sin producirte daño!... Yo adoraba a mi padre... Aún no estoy segura de que hayas estado tratando a un

impostor...

Leib movió la cabeza negando.

—Había demasiada pasión en el hombre que ofreció todo por que te llevara su mensaje —dijo Leib.

—¿Conoces los grabados de la sortija, lo que expresan? —preguntó ella.

—No.

—Si en el Departamento de Información los han traducido, se habrán encontrado sorprendidos por lo anodino de su significado. Pensarán que son frases en clave... Y no hay tal —concluyó, emocionada, sonriendo.

Tras una pausa agregó:

—Son ingenuos poemas, compuestos por mí, cuando apenas tenía nueve años... El que mi padre los recuerde todavía, es la mejor arma que has podido esgrimir contra mí, para abatirme... Mi padre cree todavía en «Chispa de Sol»... ¡No me quites esa ilusión, Leib! Cuando todo en torno vacila... Cuando ya dudo de mí misma... ¡Di que aún cree en mí!...

Estaba muy cerca de él, temblando, hincando sus ojos en los de Leib. De pronto se puso enhiesta, volviéndole la espalda.

—La muerte del diplomático no puede separarme de mi padre...

—¿Lo mataste?

—¡Sí!...

Se hizo un silencio.

—Él no era un huésped. ¡Menos todavía un amigo de mi padre!... De tiempo tenía puestos sus ojos en mí. Varias veces estuve a punto de comunicárselo a mi padre... Era un viejo hipócrita, capaz de todas las vilezas. Su primer impulso al acudir a nuestra casa fue por el miedo que sentía de que las fuerzas que avanzaban le sorprendieran en el consulado de su país. Luego, empezó con halagos... Quiso deslumbrarme con las joyas y monedas de oro que llevaba, sacados de la caja de su Embajada. No tuvo reparo en confesarse traidor a su patria... En la calle se oían disparos. El miedo parecía haberlo enloquecido... ¡Nunca he olvidado su repugnante cara, en el momento en que consiguió abrazarme! Tan ciego estaba, que no advirtió la pistola que ya hacía rato tenía en mi mano... Los criados se encargaron de enterrarlo en el jardín de mi casa.

—¿Y los documentos?

—Todo fue enterrado.

—¿En el jardín?

Yul Shay movió la cabeza negativamente.

—En sitio más seguro. Solamente yo lo conozco.

—¿Están allí las joyas?

—He dicho *todo*...

—Anoche dijiste...

—Mentí... Nada he guardado para mí. Lo que soy, lo he conseguido por mi misma...

La puerta se abrió y apareció Wang Keng. La artista fue hacia el individuo, quien tenía en las manos un papel.

Ella lo cogió y lo leyó ávidamente. Luego se lo dio a Leib.

«El general Lo Chen murió finalizando el año 1949...»

—Era lo previsto —comentó Leib, escuetamente.

No se alegraba de haber acertado. Compadecía a Yul Shay.

La joven permaneció callada unos momentos, sin alterar el gesto. Lentamente fue volviéndose, hasta quedar de cara al individuo que seguía en la puerta.

—¿Qué debo pensar de todo esto, Wang Keng?

—Nuestra misión no es analizar lo que los superiores decidan —contestó el individuo—. Tú lo has dicho mil veces a otros...

Los dos quedaron mirándose en desafío. Esta vez fue Yul Shay quien pareció someterse.

—Entonces... consideras que debo continuar como si nada hubiera pasado...

—Exactamente: Como si nada hubiera pasado... Porque *nada* ha pasado, Yul Shay. Y otra cosa: Debemos salir de aquí enseguida. La policía ha estado en el club. De un momento a otro pueden dejarse caer aquí. No deben encontrar pruebas.

—De acuerdo —contestó Yul Shay, volviéndose de lado, para poder mirar a Leib—. Tenedlo todo dispuesto...

Antes de salir con Wang Keng, miró otra vez a Leib, como queriendo darle una consigna: que obedeciera...

## CAPÍTULO VI

A mitad del monte, el camino se hundía en una espesa arboleda. Leib miraba por los intersticios que le dejaban los sacos de legumbres.

Yendo el camión por la cornisa que dominaba la bahía, Leib había contemplado un prodigioso panorama. Instintivamente apartó la vista de las aglomeraciones de altos edificios, para fijar su atención en las costras de juncos y sampanes, poblaciones flotantes donde palpitaba una humanidad que Yul Shay había aludido como si fuesen llagas que ella se hubiese propuesto remediar.

El motor del camión se atosigaba en la penosa cuesta. Hacía rato que habían dejado la autopista y ahora marchaba por entre árboles.

No hacía mucho habían dejado atrás las ruinas de un templo budista.

Se detuvo el camión. A su lado había un lujoso coche: el que había servido para transportar a Yul Shay.

Empezaron a removerse los sacos que ocultaban a Leib y de pronto sintió sobre su cara un cálido brochazo de sol.

A quien primero vio fue a Wang Keng. Otros individuos asiáticos procedían a descargar los sacos. Cuando dejaron un espacio libre en la parte trasera del camión, cogieron a Leib y lo bajaron, sin violencias.

Le cortaron las ligaduras de los pies, pero le dejaron las de las manos. Desde la plazoleta donde se habían detenido los dos vehículos, se veía medio oculto por los árboles un edificio de madera negra.

En el momento en que Leib miraba en esa dirección, vio que Yul Shay venía hacia ellos.

Llegó a dos pasos de Leib, sin haberlo mirado una sola vez. Con voz fría, acerada, dio algunas órdenes, en extraña jerga. Uno de los individuos tocó a Leib en un brazo, indicándole con el gesto que

echara a andar.

Mientras Leib se dirigía al edificio, observó entre los árboles y vio a varios individuos apostados con metralletas.

Faltando poco para llegar a la casa vio que lo que había creído un edificio de madera podrida era una recia construcción de cemento, revestida con tablas. La disposición de sus aberturas tenía la traza de troneras desde las que se podía batir una ancha área.

El individuo que iba al lado de Leib se adelantó, de un salto subió los tres peldaños que precedían una estrecha puerta que permanecía cerrada, y aplicando un hombro, empujó.

Por el esfuerzo que el individuo hacía, Leib imaginó una gruesa plancha de acero detrás de las débiles maderas que simulaban la puerta.

Pasaron a un vestíbulo débilmente iluminado. Ya dentro, Yul Shay dio otra orden y la puerta se cerró.

Enseguida, el mismo Wang Keng procedió a desatarle las manos.

Estuvo unos momentos frotándose las muñecas, mientras sus ojos iban acostumbrándose a la penumbra.

Nada de particular encontró en aquel departamento: muebles colocados sin orden y por el suelo, restos de comida. De pronto, en el fondo del departamento se abrió una puerta y en el recuadro de luz apareció la figura de Eller.

Leib corrió a su encuentro.

—Bienvenido, Leib... Aunque no es una situación envidiable...

Se estrechaban las manos. Eller acusaba un leve temblor. Leib se echó a reír.

—Estamos entre «amigos» —dijo bien alto.

Desde el ángulo más oscuro les estaba mirando Yul Shay. Tras de Eller apareció Mitzi. Y por última, Nat Jones.

—Quédense ahí dentro —ordenó Yul Shay.

Pasaron al otro departamento. Leib procuraba no dejar de hablar, dirigiéndose a las dos jóvenes, en tanto pensaba qué conducta seguiría con Jones.

Lo había observado fugazmente. Le parecía más demacrado y sin aquel aire displicente que había sido su rasgo característico en las horas anteriores.

Jones, como adivinando los escrúpulos de Leib para dirigirle la palabra, se situó en el ángulo más oscuro de la habitación.

—Jones: Salga —llamó Yul Shay.

El tono que había empleado la bailarina tenía poco de cordial. Nat Jones obedeció.

El departamento en que ahora se encontraba Leib era mayor que el otro, y tenía más luz. En el lado más oscuro se veían tres camastros. Junto a unas aberturas en forma de aspillera por dónde entraban chorros de luz, había una pequeña mesa con restos de comida.

—¡Bicho occidental!... ¡Te voy a aplastar!... —grito Wang Keng, con voz colérica.

Sonaron varios chasquidos. Enseguida se oyó la voz de Jones, en un rugido de impotencia.

Mitzi, mortalmente pálida, fue a lanzarse hacia la puerta. Pero Yul Shay asomó, deteniéndola. Mientras forcejeaba con Mitzi, miró a Leib, queriendo indicarle algo.

Pero Leib oía afuera los chasquidos, y se lanzó a quitar de la puerta a las dos mujeres.

—¡No salgas! —prorrumpió Yul Shay, echándose sobre él.

Al mismo tiempo, Eller sujetaba a Mitzi y la llevaba, a un lado de la habitación.

—¿Por qué no he de salir? ¡Le estáis golpeando cobardemente! ¡Nunca ataca uno solo!...

Yul Shay, tratando de sujetarlo, se pegaba contra él. Leib sintió el relieve de su cuerpo y por unos segundos olvidó todo, arrastrado por el vértigo que se había adueñado de su sangre, de sus nervios, de todo él...

Se dio cuenta de que era como si Oriente le estuviese imprimiendo su marca, para esclavizarlo, como a Jones.

La agarró fuertemente de los hombros, estrujándoselos.

—¿Qué quieres de mí, maldito demonio?...

Ella avanzó el rostro. Parecía buscar su boca. Pero era que quería susurrarle algo muy grave.

—¡Es trampa!... ¡No vayas!...

Afuera seguían los chasquidos y los gritos de Nat Jones. El que no apareciera Leib, y más que nada el que no vieran a Yul Shay, inquietó a los que estaban fuera.

Golpeando a Jones, dos individuos sujetándolo de los brazos mientras Wang Keng lo castigaba, fueron trasladándose al interior

del departamento.

Al asomar Wang Keng, la bailarina hizo como que forcejeaba por desprenderse de Leib. Éste entendió que ella quería simular que él la obligaba a permanecer a su lado, para que le sirviera de salvaguarda, como en el despacho.

Wang Keng cayó en el engaño. Dejó de figurar que golpeaba a Jones y fue hacia Leib.

—¡Suéltala!...

Los que sujetaban a Jones quisieron ayudarle, y soltaron al hermano de Mitzi. Ya entonces Leib había dado un empujón a Yul Shay, obligándola a que se quedara tras de él.

—¡Leib! ¡Es una artimaña para matarte! —gritó Jones, apenas verse libre, saltando al ángulo donde se habían situado su hermana y Eller.

Los dos individuos quedaron inmóviles, sin saber a dónde acudir primero. Wang Keng ya se encontraba a dos pasos de Leib.

Al oír a Jones, contrajo el rostro y sus ojos fulgieron.

—¡Sucio traidor!...

Iba a retroceder para entendérselas con Jones, pero Leib ya estaba dando un salto de costado, para cortarles la retirada.

Wang Keng se agachó, haciendo relucir una automática en su derecha. Pero el puño derecho de Leib salió disparado, rozándole un lado de la cabeza.

Surtió el efecto de una cegadora llamarada. Wang Keng soltó el arma y elevó las manos, cubriéndose la cara, en el momento en que Leib disparaba el puño izquierdo. Lo alcanzó en el pecho y Wang Keng retrocedió de espaldas hacia la puerta.

Uno de los individuos se había lanzado sobre Jones. El otro iba a hacer lo mismo, pero al ver que Wang Keng retrocedía, fue con él.

Al momento la puerta del vestíbulo quedaba abierta. Wang Keng y el individuo salieron.

—¡Van por refuerzos! —gritó Leib, mirando a las mujeres.

No podía dejar a Jones que se las entendiera con el individuo. Estaba muy débil y era poco hábil para esquivar las llaves que el otro iba a aplicarle.

Leib se lanzó de cabeza contra el individuo. Éste se volvió, al tiempo que Jones se encogía, agarrándose el vientre. Mitzi soltó un lacerante grito.

Eller y Yul Shay habían desaparecido. Leib entrevió un acero tinto en sangre, empuñado por la mano derecha del individuo. Pero Leib ya no podía rectificar la posición de su cuerpo, con tal fuerza se había lanzado sobre él.

Por suerte Jones, en el momento de encogerse, tropezó con el que le había agredido y el arco que trazó el cuchillo pasó rozando un costado de Leib.

No tendría otra oportunidad. Con toda sus fuerzas, sin más técnica que el emplearse a fondo para arrollarlo todo, Leib se puso a descargar golpes, a la cara y al estómago, obligando al individuo a girar como un trompo.

El cuchillo seguía en la mano del individuo, y Leib aprovechó el momento en que se le colocaba de espaldas, para atenazarlo con sus brazos.

Fue al intentar derribar a Leib, metiendo un pie entre las piernas del yanqui, cuando éste dio un formidable empujón, yendo los dos al suelo.

El cuchillo quedó clavado en el cuerpo del asiático, casi en el mismo sitio en que había sido mortalmente herido Jones.

Al salir Eller al vestíbulo, se dispuso a cerrar la puerta. Pero le era imposible moverla. Aplicó contra ella un hombro y empujó desesperadamente.

Afuera se oían gritos. Y pasos apresurados, acercándose a la casa.

De pronto la puerta blindada pareció cobrar vida, o perder casi todo su peso. ¡Se movía!...

Quedó por fin cerrada. Eller permaneció unos segundos inmóvil, con la frente pegada a la puerta. En esta actitud advirtió que a su lado estaba Yul Shay. Era ella quien había hecho que la puerta pudiera moverse.

—¿Con quién está usted, Yul Shay? —preguntó Eller, tras permanecer las dos mirándose fijamente.

Los ojos oscuros de la bailarina adquirieron un inusitado brillo. Como de lágrimas. Y los entornó, los cerró casi completamente, como no queriendo que Eller viera su vacilación.

—Ya... con nadie...

Desde la puerta del departamento las veía Leib. En otro momento se hubiera detenido a analizar aquella situación. Dos

mujeres tan opuestas en todos sentidos, aplicando el hombro a un mismo objetivo...

Pero el momento no permitía consideraciones de ninguna clase.

—¡Jones está malherido! —advirtió.

Eller corrió al departamento. Junto a Jones se encontraba su hermana, mortalmente pálida, los ojos, secos.

Leib se acercó a Yul Shay.

—¿Hay aquí con qué curarle?

—Sí —contestó ella.

Fueron juntos a otro pequeño departamento. De un armario sacó utensilios de cura. Leib se los quitó de las manos.

—Espera aquí.

Al momento estaba de regreso. Yul Shay seguía en la misma actitud que la había dejado, con aire de autómatas, de cara al armario.

—¿Qué sucede? —preguntó Leib, cogiéndola suavemente de un hombro, obligándola a colocarse de cara.

—Que te lo explique Jones...

—Jones se muere. ¿Qué es lo que ocurre?

La tenía de frente. Por momentos Yul Shay parecía más pequeña.

—Jones le hizo creer a Wang Keng que yo le había revelado el sitio donde oculté las joyas... Con eso creía proteger a su hermana y a tu «amiga» —asomó un matiz de rencor al aludir a Eller.

—¿Y qué había contra mí?

—Wang Keng aceptó las condiciones de Jones, de dejar a las dos mujeres en libertad, tan pronto consiguieran las joyas. Pero impuso que tú desaparecieras... Como Wang Keng me ha temido hasta ahora, le propuso a Jones la treta de hacer como que lo torturaban, para que tú intervinieras...

Leib le cogió la cara con las dos manos.

—Tu padre nunca renegó de ti, «Chispa de Sol»... Te sabía zarandeada por vientos contrarios, pero nunca se ha considerado tan limpio de culpa para dejarte a ti toda la responsabilidad... Él me dijo que tuvo mucho tiempo para dejarte a salvo, y sin embargo, no quiso ver más que su misión al frente de la unidad que se le había encomendado. El frente era ya un caos, las desertiones se producían en masa... y él sin querer acordarse de que en la retaguardia te dejaba a merced de todas las furias...

La boca de Leib estaba ya rozando los labios de Yul Shay. Ella permanecía inmóvil, encogida, casi pidiendo la caricia.

De pronto envaró la figura y sus ojos miraron con recelo a Leib.

—¡No preciso que insistas en el mal trato que han dado a mi padre los que estaban obligados a atenderle!...

—No era mi intención recordarte que acerté cuando dije que la respuesta del campo sería negativa.

—¡Yo sé por qué me han mentido! De saber que mi padre vivía, les hubiera exigido su libertad.

—Y sabiendo la influencia que tu padre tenía sobre ti, no le hubieran soltado...

No fue necesario señalar por qué. Yul Shay, dejando de ser el punto de atracción en el «Noche Amarilla» o cualquier otro club, el centro de espionaje perdería un gran resorte.

Leib siguió sujetándola de los hombros.

—Me pediste que no fuera como los demás hombres —murmuró Leib—. Si con eso me pedías que no sintiera tu belleza, no podré hacerlo. Pero sin ser distinto a los demás, seré tu mejor amigo... Quien me facilitó la salida del campo de concentración me lo pidió.

Sonaban golpes en la puerta. Yul Shay, como si de pronto despertara, se transfiguró.

De nuevo se mostró la mujer llena de dominio, combativa. Leib se quedó observándola, inquieto.

—Yul Shay: No te pido que te pases al bando de Eller...

Era como decirle al del coronel Davies. Ella le entendió.

—¿Y qué es lo que deseas?

—Que confíes en mí.

—¿No es el mismo bando que el del agente

«R-4»?

—preguntó, incisiva.

—No. Salí del infierno por la ayuda de tu padre. Pertenezco al bando de los perros agradecidos... Confía en mí.

Yul Shay, pese a la sensación de fuerza, de vitalidad que, daba en aquellos momentos, estaba necesitando una mano que la sostuviera en el caos que se había desatado dentro de ella.

—Ahí dentro hay armas —dijo, señalando el armario de donde había sacado los utensilios de cura.

Afuera los golpes y los gritos arreciaban. Por las troneras del

departamento en que estaban las dos mujeres y Jones, entraron varios proyectiles.

Eller, con la ayuda de Mitzi, estaba terminando de vendar a Jones. Las dos sabían que de un momento a otro expiraría.

Jones había dejado de quejarse y con los ojos abiertos, la boca apretada, permanecía casi sin respirar.

Al producirse los disparos, Eller y Mitzi pensaron retirar de allí al moribundo.

—No se muevan de ahí —dijo Yul Shay—. Éste es el sitio más seguro... Yo voy a defender la puerta.

Pero allí ya se encontraba Leib, disparando con una metralleta. Cada vez se filtraban más proyectiles por las distintas aberturas.

El vestíbulo era batido desde fuera, por gente que conocía muy bien todas las hendiduras. Al ir, a acercarse la artista a Leib, éste se lanzó sobre ella, derribándola. Varios proyectiles mordieron el pavimento, por dónde Yul Shay iba a pasar.

—¡Parece que quieras morir!... —prorrumpió Leib, los dos tendidos, pegados al ángulo que el muro formaba con el suelo.

Estaban como formando un solo cuerpo. Leib le buscó los labios. Y fue entonces, con crepitar de disparos, como besó una boca que desde la horrida cabaña del campo de prisioneros deseó acariciar.

La había amado sin conocerla. Sólo por lo que le sugerían los rasgos que Lo Chen iba trazándole sobre su belleza física, sobre los chispazos de su extraño carácter excesivamente sensible...

Tenía entre los brazos a un maravilloso ídolo que el río Perla había arrastrado desde los arrabales de Cantón al mar Amarillo, zarandeándolo, echándolo contra los acantilados y las costras de embarcaciones que ennegrecían las zonas miserables de la bahía.

Y el ídolo se había defendido, sobreponiéndose a miserias y traiciones. Pero era ahora cuando más peligro corría.

Los que disparaban desde fuera parecían saber que en el vestíbulo se encontraban los dos y no interrumpían el fuego, picoteando palmo a palmo todo el departamento.

Leib, arrastrándose, llevándola consigo, había conseguido llegar a la puerta del otro departamento. Eller y Mitzi permanecían inmóviles, junto al camastro.

Nat Jones había cerrado los ojos. Pero todavía alentaba.

—Es este departamento el que hay que defender —dijo Yul

Shay.

—¿Por qué?

Ella no contestó. Empuñando una metralleta, fue hacia una de las aberturas que había donde estaba la mesa, y soltó una ráfaga.

Leib se quedó en la puerta, acechando el momento en que los disparos que batían el vestíbulo amainasen.

Esto se produjo. Junto a la puerta que daba al exterior oyó gritos coléricos. No perdió tiempo. Fue velozmente a la puerta y el cañón de la metralleta asomó en varias aberturas, soltando pequeñas ráfagas.

Afuera se oyeron alaridos y resuellos agónicos. Corrió al otro extremo del vestíbulo. Tenía localizadas todas las troneras. Y lo que suponía, que el enemigo intentaría atacar de nuevo por allí, sucedió. Como en la puerta, volcó pequeñas ráfagas.

Soltó el arma, ya agotada, y cogió otra, pasando al departamento donde se encontraba Yul Shay.

Se colocó al lado de ella e hizo unos cuantos disparos.

De pronto se hizo el silencio.

—No hay que fiarse —dijo Leib. Y mirando a Eller—. ¿No cree que es hora de decirme si hay intervención oficial?

—El coronel Davies me dijo que no contáramos con el apoyo de las autoridades británicas. Eso podía producir complicaciones con las autoridades chinas.

—Sin embargo, anoche oí a Wang Keng que la policía estuvo en el club —se volvió rápido a mirar a Yul Shay—. ¿O no era verdad?

La bailarina lo miraba atentamente, con aire desconcertado.

—¿Deseas la intervención de la policía?

—Por mí, no —contestó rápido, con tono convincente.

—¿Por ellas?

—Al menos por Mitzi, que no ha hecho más que procurar por su hermano. Los demás, somos parte del juego.

Tras un silencio, Yul Shay declaró:

—Anoche estuvo la policía en el club... No dijeron que os buscaban a vosotros. Iban por tres «personajes occidentales» metidos en el tráfico de opio —y miró en dirección al camastro, donde estaba tendido Jones.

Leib entendió la mirada de Yul Shay.

—¿Estaba él metido?

—Él los denunció... Juró terminar con todos los traficantes de drogas que se le pusieran al alcance —declaró Eller—. Lida fue perdida por las drogas. Se querían ella y Jones... pero las drogas parecía que iban a poder más.

—¿Quién daba los informes de nuestras salidas del campo de aviación hacia la frontera china? —preguntó Leib, acercándose a Eller.

—Lida...

—¿Y Jones lo sabía?

—No. Fue cuando usted no regresó de su vuelo, cuando Jones sospechó... Oficialmente Lida apareció como acribillada por desconocidos. Pero no es cierto. Después de una violenta escena con Jones, ella se encerró en su cuarto del hotel, y puso fin a su vida...

Leib regresó al lado de Yul Shay. La observaba a hurtadillas, por si sorprendía en ella un gesto de satisfacción o de burla.

Pero Yul Shay parecía ajena a todo cuanto se decía, atenta sólo a lo que pudiera ocurrir en el exterior.

—Lida dejó una confesión escrita —siguió Eller—. Jones se consideró culpable y se ofreció para un Consejo de Guerra, pero el coronel Davies consideró mejor aprovechar su odio contra los traficantes de drogas. Sus despilfarros en

Hong-Kong

tendían a acercarse a cierta clase de individuos...

Leib agarró a Yul Shay de un bombo.

—¿Y por qué a tu club?

—Porque le habían dicho que en el «Noche Amarilla» concurrían los traficantes más fuertes —contestó Eller, antes de que la bailarina tuviera tiempo de decir nada.

Mitzi tenía entre las suyas una mano exangüe de Jones. De pronto reparó en que estaba muy fría. Se inclinó sobre el pecho de Nat y lanzó un sollozo, que enseguida se cortó.

Nat Jones estaba muerto.

—¿Por qué el coronel dejó que esta inocente entrara en el juego? —gritó Leib—. ¿POR QUÉ?...

Eller, lo miró, muy sería.

—Se olvida que de nuestra misión dependen multitud de vidas. Lo de Jones yo no lo he sabido hasta anoche, cuando nos trasladaron aquí... Él se contaba como muerto y me lo reveló, para

que se lo dijera a usted. Parece que le hizo mucho daño la forma con que usted lo miró, cuando él apareció en el despacho diciendo que Lida había pagado por él...

—Así se presentó Jones a mí, la primera noche que apareció por el club —manifestó Yul Shay, con entonación ausente, todavía mirando por una de las aspilleras.

Afuera seguía el silencio. Leib salió al vestíbulo. Al momento regresó.

—¡La policía está rodeando la casa!... ¡Son nativos y británicos!...

Yul Shay se separó de la aspillera. Dio un salto de felino, al presentir que Leib iba a cogerla. Le apuntó con la metralleta.

—¡No terminemos mal, Leib! ¡A mí esa gente no me detendrá! Escupió al suelo. Sus ojos llameaban.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Leib, impresionado.

—¡No pienso matarme! —exclamó, sardónica—. ¡Pero a mí no me aplicaréis vuestro hipócrita Código!... ¡No descubriré a nadie!... ¡Yo aparecía en el club para atraer a toda vuestra podredumbre, pero no sé nada! ¡Y aunque lo supiera, no lo diría!...

Golpeaban en la puerta. Yul Shay iba retirándose, con la metralleta dirigida a Leib.

—¿Podrás salir sin que te vean? —preguntó, apagadamente.

Yul Shay movió la cabeza, asintiendo. Leib le volvió la espalda, para mirar a Eller.

—Ayúdenos a ganar tiempo —pidió Leib.

—Sí —contestó Eller.

Al volverse, sorprendió en el rostro de Yul Shay una expresión de estupor.

—¿Pretendes... seguirme?



—¿Pretendes... seguirnos?

Leib asintió.

—¡Voy al infierno! —dijo Yul Shay.

—Iremos... Prometí no dejarte.

—Voy en busca de Wang Keng... Él no habrá muerto. Sabe escabullirse a tiempo.

—Daremos con él...

—Donde he de meterme, un blanco no pasará inadvertido.

—He sabido caminar muchas millas como un «coolie». Los obstáculos que Yul Shay iba presentando los rechazaba Leib con una suavidad que era todo firmeza.

—Dense prisa —aconsejó Eller—. Y suerte.

Yul Shay salió de la habitación seguida de Leib. Tras el armario donde estaban las armas se encontraba el resorte que abrió una trampa en el suelo.

Desaparecieron los dos por la boca de un estrecho conducto. La trampa quedó cerrada por dentro, con barras de hierro que inutilizaban todo intento que pudieran hacer desde el interior de la casa...

Los dos iban armados de metralleta. Pero Leib llevaba, además, la pistola que soltó Wang Keng...

## CAPÍTULO VII

A media noche alcanzaban uno de los múltiples laberintos de pequeñas embarcaciones. Entonces Yul Shay respiró.

—¡Ya estamos a salvo!...

Momentos después Leib comprobaba el porqué de una exclamación tan optimista. Yul Shay parecía estar en su elemento. Sin ninguna vacilación saltaba de una embarcación a otra, con la naturalidad de quien va por una acera.

Leib procuraba no separarse de ella, temiendo que en el último momento se esfumara. Y allí sí sería imposible encontrarla.

Los sampanes y juncos formaban el peor laberinto que podía crear la imaginación más desbordada. Era el nido de la más espantosa miseria, pero también la madriguera del delincuente acosado. Muchos con medios económicos para procurarse un refugio confortable, preferían la población flotante, movediza, conectada por el temblor del mar y las más inesperadas consignas que se transmitían de una embarcación a otra.

En una embarcación situada en el centro de una ancha costra de pequeñas naves, Yul Shay se detuvo.

—Aquí —dijo, en un susurro—. Agáchate y espera...

Se escurrió hacia la cabina que había en un extremo, y desapareció por el agujero en que se veía una tenue luz.

Leib reconoció que se encontraba sobre una embarcación ventruda. Bajo cubierta supuso una gusanera de niños amarillos, una mujer de colgantes senos, y un hombre esquelético, de mirar agresivo.

Muchas naves estaban mandadas por mujeres. Y ésta era una de ellas. Al momento apareció Yul Shay.

—Ya está... Te admiten a bordo.

Le hizo bajar por una escalerilla. Abajo había que permanecer en cuclillas. En hornacinas se veían muchachos durmiendo. En un

recuadro en el que apenas cabía Leib tendido, estaba la «Capitana».

Así la presentó Yul Shay. Era una mujer enjuta, de pecho liso, y ojos que fulgían como brasas avivadas por el viento. Llevaba pantalones de hombre, de corte occidental, y camisa arremangada hasta los codos.

—Ella fue mí «Capitana», cuando me acerqué al mar —dijo Yul Shay—. Mira allí...

Señaló al suelo y a las hornacinas, donde se veían a los muchachos, durmiendo.

—En tu mundo hay viejas que recogen gatos a la deriva... La «Capitana» coge niños.

La «Capitana» no dijo un solo vocablo. Pero Leib estaba Seguro de que entendía todo lo que hablaban. Sus ojos vivos no se apartaban del rostro de Leib.

—¿Cuánto hemos de permanecer aquí? —preguntó.

—No sé... Ahora debemos descansar.

Yul Shay tendió en el suelo unas esteras. La «Capitana» se marchó, sin decir nada.

—Presiento que me desea todos los males —dijo Leib.

—Nunca se ha admitido a bordo a ningún diablo blanco. Tú eres el primero... La «Capitana» piensa que me traerás desgracia... Aquí estarás seguro, pese a todo... Pero si decides saltar a tierra, nadie te detendrá.

Leib se encontraba sentado sobre la estera, mirando a Yul Shay.

—Tú sigues sin confiar en mí —dijo Leib.

—Tampoco desconfío.

—¿Por qué, pues, no me expones tu plan?

—De momento, mi plan es esperar. Y aquí puedo hacerlo.

—¿Estás segura de que Wang Keng no tendrá partidarios en alguna embarcación?

—En las que tengo a mi alrededor, no.

Se acurrucó en un ángulo, el más próximo a la escalerilla. Cerró los ojos y pareció sumirse en el sueño. Leib permaneció un rato mirándola. El leve balanceo de la nave ayudaba al sueño.

Todo permanecía en silencio. Los gemidos de la embarcación eran tan acompasados y tan semejantes unos a otros, que formaban parte del silencio, como la respiración de la nave.

Leib había cerrado los ojos. Quizá se había dormido. De pronto

advirtió como una cuchillada de viento. Abrió los ojos y pudo ver los pies de Yul Shay desapareciendo por la escalerilla.

Se lanzó tras de ella. En cubierta la vio agazapada, junto a la «Capitana». Las dos miraban a la escollera más próxima, donde se veía una esgrima de faros de automóvil, maniobrando para acordonar el desembarcadero.

La «Capitana», al advertir a Leib detrás, se volvió rápida. En la oscuridad sus ojos tenían un brillo más fuerte y temible.

—¡No! ¡Él no se ha separado de mí! —dijo Yul Shay.

Se colocó al lado de Leib, como para protegerlo.

—¿La policía? —preguntó Leib.

—Sí.

—¡Pero no es posible que nos hayan visto!...

—No era necesario. Wang Keng sabe que tenía que venir aquí.

Tras una pausa, preguntó Leib:

—¿Lo crees capaz de colaborar con la policía?

La «Capitana» se había incorporado para mirar a lo lejos, a un grupo de embarcaciones situadas más separadas de la escollera. Se encendían y apagaban unas lucecitas.

Se volvió para hablar a Yul Shay en su extraña jerga. La bailarina pareció vibrar de cólera. Luego, apaciguada, dijo en inglés:

—Que venga solo.

La «Capitana» saltó a la otra embarcación... Enseguida desapareció.

—Wang Keng solicita una entrevista —anunció Yul Shay.

—¿Es lo que tú esperabas?

—Sí... Y al mismo tiempo deseaba que no ocurriera —dijo apagadamente—. Esto confirma todo lo malo que pensaba de Wang Keng...

Refirió que entre los papeles de Wang Keng había encontrado dos croquis. Uno correspondía a un sector de Cantón, de antes del año cuarenta y nueve.

—Otro, corresponde a la actualidad...

—¿Y qué significa? —preguntó Leib.

—Busca el emplazamiento de nuestra finca. El jardín hace tiempo que desapareció. Se ha edificado encima... Wang Keng ha vivido obsesionado por las joyas que supone allí enterradas —

concluyó, riendo apagadamente, una risa que parecía un sollozo.

Siguió un silencio. Ella, acurrucada frente a él, le escrutaba con los ojos.

—¿A ti... no te preocupan las joyas?

—¿A mí?

Leib la agarró de los brazos y la estrechó contra su pecho. Y volvió a besarla.

—¡Sólo tú, Yul Shay! ¡Sólo tú!... Si no salimos de esta charca, yo no lo lamentaré, si nos hundimos juntos...

Yul Shay elevó una mano y le puso la yema de los dedos en los labios, para que guardara silencio. Se veía una vaga sombra, acercándose.

Era la «Capitana». Cuando estuvo junto a Yul Shay, susurró algo que hizo exclamar a Yul Shay:

—¡Yo he dicho solo!...

La «Capitana» contestó, con tono irritado. Y es todo momento el brillo de sus ojos se hallaba dirigido a Leib.

—Prométeme que te quedarás abajo, Leib... Que no intervendrás, aunque ocurra...

—¿Qué te lleven? —preguntó, irónico.

—No me llevarán. Wang Keng se presta a venir, pero a condición de dejar en las naves cercanas a algunos de sus secuaces.

—Dialogad en inglés, y no interveniré, mientras no te haga daño.

Yul Shay miró a la «Capitana».

—Ya has oído. Juego limpio.

Después de una pausa, la «Capitana» murmuró:

—Te he aconsejado, Yul Shay. Ya has decidido, y no me opondré a nada que hagas —dijo en inglés.

Desapareció de nuevo.

—Has prometido no intervenir. Ve abajo...

—Prefiero aquí arriba.

Había suficientes obstáculos para esconderse en cubierta. Yul Shay sabía que abajo habían quedado las dos metralletas y prefirió que Leib se quedara en cubierta.

Lo acompañó al sitio donde debía agazaparse. Cuando iba a separarse de él, acercó su cara a la de Leib, para mirarlo de más cerca.

Enseguida se escapó, antes de que Leib la sujetara de los brazos...

—¡En inglés, Wang Keng! —pidió por segunda vez Yul Shay.

Se encontraban muy cerca de donde estaba Leib. El individuo pareció recelar.

—¿Por qué en inglés?

—Para demostrarte que no temo que la policía nos oiga, si es que han venido contigo.

—¡Me acompañan solamente dos de los nuestros!

—¿Los «nuestros», Wang Keng? —preguntó ella, sardónica—. ¿Cuáles son los tuyos?

—¡Te atreves a preguntarlo!... Hace tiempo que advertí que te estabas desviando de las consignas de nuestros jefes.

—¡Hipócrita, Wang Keng!... ¿Qué ha sido de mi padre?

—Ya te lo dije. Murió hace años.

—¡Mientes! ¡Y habéis silenciado su existencia, para manejarme!...

Wang Keng soltó una apagada risa.

—Fíase más del yanqui que de mí... Está bien, Yul Shay: Hace tiempo que noté tus vacilaciones. Muchas operaciones no se han podido realizar en el club por tus malditas dudas...

—¡Yo me ofrecí para bailar! En cuanto a mis dudas... ahora ya es certeza. Todos los negocios que habéis realizado en el club no eran para proporcionar medios a nuestra patria. Era para lucrarse tipos como tú, Wang Keng...

El individuo la agarró de los brazos.

—¡Irás al agua, perra maldita!... ¡Es el yanqui quien te ha revuelto la cabeza!... —soltó otra vez una risa apagada—. Después de todo, él y tú no habéis sido más que marionetas manejadas por mí... Salió del campo porque yo lo dispuse así. Tengo resortes...

Siguió un silencio. Yul Shay apenas alentaba, mirando al individuo.

—¿Tú... sabías que mi padre vivía?...

—Ya no vive... No, no pienses que nadie, se ha encargado de él. Tu terco padre se limitó a apagarse, tan pronto salió el yanqui. Ese pudo ser un obstáculo. Mis resortes se asustaron y dieron contraorden. En la costa esperaban al yanqui y por poco lo borran...

Volvió a reír. Yul Shay se hundía las uñas en las manos, la

mirada fija en el individuo.

—¿Para qué me dices esto? ¿No crees que te pueda matar? —preguntó Yul Shay.

—Cuando quieras... Hay varios coches de policía en la escollera. Uno de mis hombres, si ve que no regreso, entregará al inspector británico una declaración... Habla de la «desaparición» de un diplomático de un país muy amigo de la Gran Bretaña. Les darás una oportunidad para que realicen un gran servicio, y justifiquen su permanencia en

Hong-Kong...

Dirán que gracias a los británicos, la justicia rige en este rincón del planeta. Vamos, Yul Shay... Y si no quieres que sean los británicos, existen agentes yanquis. Éstos disfrutarán con quitarle un tanto a sus amigos los ingleses... Estás acorralada, Yul Shay. Y yo te doy la salida. Entrégame las joyas. Sé que aún las conservas... Dime dónde están.

Siguió un silencio. La hoja de un cuchillo avanzó buscando el pecho de la muchacha. Los dos estaban de rodillas.

—Va a ser todo en silencio —siguió Wang Keng—. Ya me ha dicho la «Capitana» que abajo duermen los muchachos... Todo va a ser en silencio. La «Capitana» no vendrá en tu ayuda. Uno de los míos la tiene bien sujeta... ¿Hablas, Yul Shay?

Hasta ese momento, Leib no se había decidido a respirar libremente. Y lo hizo en el instante en que se lanzaba, como un tigre. Saltando, respiró. Ya entonces podía hacerlo, y gritar. La suerte estaba echada.

Se lanzó de cabeza contra un costado de Wang Keng. En ese momento, irrumpieron dos sombras por un extremo de la nave.

Leib se había lanzado procurando meterse entre Wang Keng y Yul Shay. El cuchillo le cruzó el pecho, pero lo que Leib buscaba, librarla a ella, lo consiguió.

Yul Shay, empujada por el cuerpo de Leib, se dobló hacia atrás. En el momento en que Leib chocaba contra ella y Wang Keng, cayó algo sobre las rodillas de la muchacha.

Era la pistola que llevaba Leib. Se la tiraba a ella. La muchacha la empuñó, dispuesta a disparar contra Wang Keng. Pero los dos formaban ya un solo cuerpo. Rodaban por cubierta, una mano de Leib estrujando la muñeca de la mano que sujetaba el cuchillo.

Las dos sombras que habían irrumpido por el extremo de proa iban a arrojarse sobre los que se debatían en el suelo. Yul Shay dio un salto y se colocó de pie al lado de la cabina.

Hizo dos disparos y las dos figuras se tambalearon.

Leib sabía que no podía descuidarse con su adversario. Si prestaba demasiada atención a la mano que sujetaba el cuchillo, Wang Keng le podría aplicar una fulminante llave.

Lo cogió de las dos muñecas. Se daba cuenta ahora que Wang Keng, además de hábil luchador, era muy fuerte. Leib ya había comprobado que aun lanzándolo contra una pared, Wang Keng rebotaba y quedaba de pie.

Su defensa estaba en no soltarlo. Imaginaba las manos de su adversario poderosos tentáculos que fueran a hacer presa en Leib, al menor descuido.

Hubo un instante en que una mano de Wang Keng se le escurrió. Era el momento más crítico. Pero Leib no se desconcertó y en vez de intentar corregir lo irremediable, sacó el máximo partido de la nueva situación.

Sabía que el brazo libre difícilmente volvería a apresarlo. Entonces decidió formar un dogal en el cuello de Wang Keng. La herida en el pecho le hacía perder mucha sangre. Había que apresurar.

Apretó con sobrehumana fuerza. La zarpa de Wang Keng, que ya había conseguido coger un codo de Leib, comenzó a ceder.

Se oyó un grito ronco y crujir de huesos. Leib, sin embargo, no disminuía su presión. Todo le parecía truco de su adversario.

Hasta que no tuvo más remedio que convencerse de que Wang Keng ya no podría emplear ninguna argucia. Lo soltó y Wang Keng resbaló a un lado de la nave, con el cuello tronchado, el rostro verde. Estaba muerto.

En varias embarcaciones se habían producido disparos. Cuando Leib intentó incorporarse, una sombra se precipitó sobre él. Por el perfume la reconoció, antes de que lo tocara.

La boca de Yul Shay se pegó desesperadamente a la suya. Y como si efectivamente no fuese más que la huella de una nube empujada por un fuerte viento, se deslizó sobre la cubierta, desapareciendo...

Leib se dio cuenta de que no era el balanceo de la embarcación

lo que le hacía sentir que todo se movía.

Por momentos se sentía más débil. Venían luces por todas partes. Se oían voces, circulando órdenes en inglés. Ya no se oían disparos...

Varias lámparas automáticas volcaron sus lanzas de luz sobre la cubierta de la nave. En la puerta de la cabina había apretujados varios muchachos, mirando espantados...

La «Capitana» estaba en otra embarcación, herida en la cabeza. Un policía nativo ayudaba a Mitzi, que era la que se había encargado de curarla.

Eller, y el coronel Davies, fueron los primeros en saltar a la embarcación donde estaba Leib, tendido sobre cubierta.

Leib fue trasladado a tierra. Durante toda la noche, la policía estuvo dando batidas por aquel sector de la bahía, y por el arbolado paraje donde estaba la casa fortín y las ruinas del templo.

Todos los secuaces de Wang Keng cayeron bajo los disparos de la policía. Pero ésta nunca pudo saber a cuántos derribó. Antes de que amaneciese, los cadáveres habían desaparecido de las naves.

Pasada la primera polvareda, el departamento de policía hizo marcha atrás.

El coronel norteamericano lo comunicó a Leib, al día siguiente, en la clínica.

—Todo va a quedar reducido a un ajuste de cuentas entre pandillas de contrabandistas rivales...

Leib permanecía tendido, mirando inexpresivo al coronel.

—Ahora... una mala noticia, Leib: No se ha encontrado el cadáver de Yul Shay... ni rastro de ella. Si está escondida en ese bosque de pestilentes barquichuelos, no la va a encontrar ni el diablo...

Se interrumpió al ver que Leib cambiaba de gesto.

—¡Cualquiera diría que se alegra!... —exclamó el coronel.

—Puede usted decirlo, coronel: me alegro...

—¡Pero es burlar a la justicia!

—¿De qué país? Aquí estamos en zona neutral, coronel... Todos hacemos espionaje; todos hacemos contrabando; todos...

—¡Basta!... Si viene el inspector inglés...

—Ya procurará usted que no venga. De mí no sacará nada.

—¿Usted cree?

—Conviene a todos... No irá usted a creer que la policía de Hong-Kong

ignoraba que en el «Noche Amarilla» se concertaban negocios prohibidos. Pero si los cargamentos de opio pasaban de largo por las Islas Británicas, nada había que oponer. Si esa droga produce divisas para que la China de Mao

Tse-Tung

se fortalezca, tampoco hay nada que alegar... Lo que a los británicos les importa son las buenas relaciones, para que les permitan seguir en

Hong-Kong...

¡Por todos los diablos, coronel! ¡Le dije que regresé de un infierno y que me consideraba desligado de todo!...

—Ya cambiaré, Leib... Ahora está deprimido.

—¡Claro que cambiaré! Pero no esperen que vaya contra Yul Shay.

—No le pido eso... Pero considere que hay un diplomático que desapareció hace años...

—Lo mejor que le puede ocurrir al país que representaba ese hombre es que este asunto no se airee.

Huía con los valores que le confió su patria... ¡Hollaba todo, incluso la casa del amigo!...

Refirió lo que le reveló Yul Shay. El coronel permaneció callado unos momentos.

—Algo de esto imaginaba la señorita Eller... Ella la defiende tanto como usted. Bien, muchacho... Regreso a Laos. Tan pronto se reponga... venga a verme.

—Si voy... será «acompañado». Y como elemento civil... He efectuado más vuelos de los que tenía comprometidos.

—Bien. Como amigos... siempre podremos tratarnos. Y si viene «acompañado», lo celebraré.

Le tendió la mano. Momentos después entraba Eller.

—Yo también me marchó, Leib. He de acompañar a Mitzi a casa. Durante unos momentos estuvieron conversando de cosas sin importancia. De pronto dijo Leib:

—Yo no me iré sin ella... ¿Usted lo comprende, Eller?

La hermosa joven sonrió.

—Desde luego, Leib... Usted ya la quería antes de haberla visto.

Su nombre lo pronunció a cada momento, la primera noche que ingresó... Solamente yo podía oírle...

## CAPÍTULO VIII

Leib prefirió la clínica al hotel, para mejor esquivar a la policía. El doctor le había dicho que en tanto permaneciera en Hong-Kong

podía alojarse en la clínica, entrar y salir como le viniera en gana.

Una mañana, el doctor lo llamó a su despacho. Parecía algo azorado.

—Amigo Leib: Ahí fuera espera un inspector británico... Si no quiere recibirlo, puede hacerlo. El señor Tyler viene en plan de amigo.

—¿Sabe lo que quiere?

—Protegerlo. Han visto a usted lanzarse por los barrios más peligrosos... El inspector Tyler se encuentra en una situación embarazosa. Prometió al coronel Davies mirar por usted.

Leib hizo un gesto irónico.

—Usted no debe ignorar el típico juego de la policía. Mientras uno te asesta unos cuantos puñetazos, llega el otro, te pone una mano sobre un hombro y te da un cigarrillo... ¿El inspector Tyler es el que va a ofrecerme el cigarrillo?

El doctor se echó a reír.

—Sigue usted tan desconfiado como cuando llegó...

—En serio, Leib: Se está usted metiendo en madrigueras incontrolables. No tiene en cuenta que en el «Noche Amarilla» se asestaron hachazos a algunas pandillas cuyos restos andan a la desesperada, queriendo vengarse. El inspector sabe que usted va a eso barrios con la esperanza de encontrar a cierta muchacha... —se contuvo, temiendo una reacción de ira.

Pero Leib permanecía con el mismo gesto burlón del principio.

—Hágalo pasar.

El policía inglés, apenas saludar a Leib, refirió que tomó parte en la incursión al bosque donde estaba la casa fortín.

—Temo que usted sienta la tentación de acercarse a aquella casa. Nos echaría todo el plan a rodar... Tenemos apostados a observadores nativos, disfrazados de campesinos.

Explicó que había indicios de que restos de cuadrillas de contrabandistas merodeaban por las ruinas del templo budista, sin decidirse todavía a acercarse a la casa.

—A usted le interesa Yul Shay —disparó de pronto el policía.

—Tengo mis motivos.

—Hemos hecho averiguaciones y sabemos que el general Lo Chen murió en el campo de prisioneros, de donde salió usted. Murió a las pocas horas de que usted escapara... Estos informes los facilitó en gran parte Wang Keng...

—¡Hediondo reptil! —rechinó Leib.

—Para la policía fue una gran sorpresa saber que el general Lo Chen vivía aún. Un honorable soldado que se negó a colaborar con el nuevo régimen, y que tampoco estaba dispuesto a prestar oído a sus antiguos compañeros... Un solitario. De su pasado sabemos que tuvo un conflicto sentimental con cierta dama de una embajada europea, que terminó en escándalo y en destitución del titular... El general Lo Chen afrontó la situación como un caballero, pero la dama no estuvo a la misma altura y llegó incluso a abandonar a su hija. De ella se hizo cargo el general...

Leib recordó lo dicho por Yul Shay, cuando señaló las hornacinas de la nave donde dormían los chiquillos. «En tu mundo hay solteras, que recogen gatos. La “Capitana”, niños...»

Se levantó, impaciente. El inspector se dio cuenta de que tocaba un tema demasiado espinoso, y dio un viraje.

—Le propongo que nos acompañe para cuando vayamos a dar la embestida... A cambio de eso, usted procurará darnos cuenta de sus pasos, cada vez que salga de la clínica. Será mejor para todos...

Leib sabía que en una ciudad como Hong-Kong, nada podría hacer solo. Y pactó con el británico.

—¡Me quita un gran peso de encima! —dijo el policía, en el momento de despedirse—. El coronel Davies es gran amigo mío, y nunca me hubiera perdonado tener un «descuido» con usted.

Durante algunos días, Leib fue desenvolviéndose, como si estuviera solo, pero sabía que en todo momento le seguía algún

nativo, de aspecto borroso.

Un atardecer, cuando se disponía a regresar a la clínica cruzando un barrio del puerto, se le acercó un «coolie».

—Suba a ese coche, comandante... El inspector le espera. No hay tiempo...

Oscurciendo, Leib se vio en la autopista, que era como un balconaje desde el que se contemplaba la bahía, ametrallada de luces.

Cuando sonaron los primeros disparos, Leib ya llevaba allí estacionado más de dos horas. Grupos de policía batían toda la arboleda. Formidables estallidos estaban reduciendo a escombros la casa fortín.

La salida por las ruinas del templo estaba también vigilada. Las cargas explosivas habían sido aplicadas por la policía.

A los quince minutos de empezar el fuego, se entregaron. Leib, provisto de una pistola, acompañaba al inspector Tyler. No hizo un solo disparo, temiendo que Yul Shay se encontrara entre los acorralados.

La sorpresa fue hallar entre los que se entregaban, a algunos blancos. Elementos de choque de dos pandillas dedicadas al contrabando, cuyos jefes ya habían sido detenidos la noche en que la policía visitó al «Noche Amarilla».

Por las maldiciones de los individuos dedujeron Leib y el inspector que Yul Shay seguía en Hong-Kong, pronta a caer acribillada por los resentidos.

Leib se lanzó sobre uno de los individuos, de acento yanqui, y lo obligó a hablar. Mencionó un barrio mísero, el más pobre y complicado en la zona portuaria.

—¡Espere! —gritó el inspector, al verlo dispuesto a marcharse solo—. ¡Aquí ya no tengo nada que hacer!...

Salieron tres coches...

Ya era muy tarde cuando el primer coche, en el que iba Leib, enfiló una callejuela del barrio señalado.

Les esperaban. La agresión surgió de tres sitios distintos, de tres agujeros que nada de particular ofrecían, cuando los faros del coche los enfocaron, para meterse en el pequeño solar, lleno de

escombros.

Los disparos fueron hechos con pistola ametralladora. Un policía nativo cayó acribillado.

Pasado el primer momento de sorpresa, los grupos de policía se distribuyeron, para rodear las casuchas próximas al solar.

El tiroteo arreciaba. Ahora eran las armas de la policía las que sobresalían de las otras.

Un ayudante del inspector ordenó a los conductores de los coches que se distribuyeran por la parte recayente a un embarcadero, para taponar toda salida.

—¡Yo llevaré un coche! —se ofreció Leib.

Fue el primero en situarse en la dársena. Y no apagó los faros. Continuamente pasaba ante ellos, dejándose coger por la luz.

El ayudante del inspector le gritó desde lejos:

—¿Está loco, comandante Hanley? ¡Apague esos faros!...

Leib obedeció. Pero al momento volvía a encenderlos. Algunos proyectiles silbaban como queriendo cortar los haces de luz.

Volvió a apagarlos. Una multitud harapienta iba escurriéndose de las casuchas próximas al solar. La policía los obligaba a permanecer en fila, en una zona alumbrada.

Leib permanecía acuclillado junto al coche. Le dominaba una gran ansiedad... De pronto le pareció que algo sonaba al otro lado del coche. Se deslizó, sin hacer ruido.

La portezuela del coche estaba abierta. En la oscuridad vio a alguien inclinado, más bien tendido sobre el estribo. Extendió una mano, pero el esfuerzo le arrancó un quejido.

—¡Yul Shay!...

La cogió con fuerza, estrechándola contra su pecho, al advertir que estaba herida.

—Has tardado demasiado... Un día más... y hubieran terminado conmigo... antes de que te entregara...

La voz era tan débil que apenas se la oía.

—¡Yul Shay! ¡Ya no sabía por dónde buscarte!...

—Toma... los documentos... No busquéis las joyas. Ellas han producido demasiado daño ya. Las he dado... a gente llagada... Mira

Hong-Kong

de noche... lejos de las avenidas... en barrios como ése...

Entonces... tal vez comprendas...

Leib había conseguido llevarla al borde mismo del embarcadero. Al tocarle la ropa notó que era áspera, hecha de harapos.

La «Capitana» aguardaba acucillada en el borde del embarcadero.

—¡Suéltala ya! —gritó en perfecto inglés.

La respuesta de Leib fue lanzarse con ella en brazos hacia la embarcación inmediata.

La «Capitana» saltó detrás...

Un rato más tarde, cuando el inspector llegó y enfocaron con lámparas automáticas los alrededores del coche, encontraron un reguero de sangre que se perdía en el borde del embarcadero. Pero en el agua no había ninguna nave. Toda la masa de juncos y sampanes, en silencio, se había esparcido.

Al día siguiente el doctor recibió una carta de manos de un nativo.

Era de Leib. Daba las gracias y se despedía. Enviaba saludos al inspector...

Al mediodía, el inspector Tyler y el médico, desde una altura de la autopista, escrutaban la bahía con unos prismáticos. Era como si después de una comida de Navidad, hubiesen sacudido el mantel echando las cáscaras de nueces y avellanas sobre el agua.

—¡Imposible saber en cuál de esos manojos de cañas se encuentran Leib y esa chica!

—Con marinos como los asiáticos, todo falla... Cabalgando sobre una caña, se lanzan a alta mar, y llegan al sitio que se proponen —comentó el inspector.

—¡Que tengan suerte!...

Cuando los suponían en alta mar, todavía se encontraban en la bahía. El estado de Yul Shay aconsejaba aquella espera.

Pero al día siguiente, ya repuesta y convenientemente atendida por un médico asiático, emprendieron la salida. Ya fuera de la bahía, Leib se puso a quemar papeles.

Yul Shay, tendida en cubierta, miraba la destrucción de los documentos.

—Ya no hay pruebas de nada.

—¿Sabes a qué país pertenecían? —preguntó Yul Shay.

—No... Ni quiero que me lo digas. Si alguien se atreve alguna

vez a reclamar, ya lo reconoceré.

Eso no iba a ocurrir nunca. El personaje desaparecido años atrás disponía de una honorable nota biográfica, en distintas enciclopedias. Nadie removió nada.

Una mañana, en un aeródromo dedicado a servicios militares en el sur de Laos, llegó un coche, en el que iban el coronel Davies y Eller. Fueron los primeros que se apearon.

Miraron al campo, donde había un aparato a punto de despegar.

El coronel se volvió para mirar al interior del coche.

—Es la hora.

Se apearon Leib y una bella mujer, de leve aire mongol. Acercándose al aparato, Eller y la otra muchacha iban delante.

—¿No volverá a los vuelos de marras? —preguntó el coronel.

—No. Ya he cumplido mi etapa. Me espera un cargo como ingeniero en una fábrica de aviación civil...

—Lo celebro. No se puede desafiar la suerte tantas veces.

Le dio un sobre con dinero. Y una documentación «perfectamente en regla».

—Con esto nadie la molestará —explicó el coronel, así que Leib hubo examinado los documentos que se referían a la bella joven que iba al lado de Eller—. No habrá preguntas... El Departamento no ha puesto pegos.

—¡Gracias, coronel!...

Ya en la escalerilla, el coronel saludó en despedida:

—Señora Hanley: Le deseo toda clase de felicidades...

Los ojos de Yul Shay se llenaron de lágrimas... Por ello, al darle la luz de frente, se produjeron en sus ojos muchas chispas de luz...

FIN



Silver Kane  
**UN REGALO PARA  
EL MUERTO**

La vida de aquellos hombres  
dependía de su rapidez  
en hacer fuego.



Aparecerá la próxima semana  
en esta colección

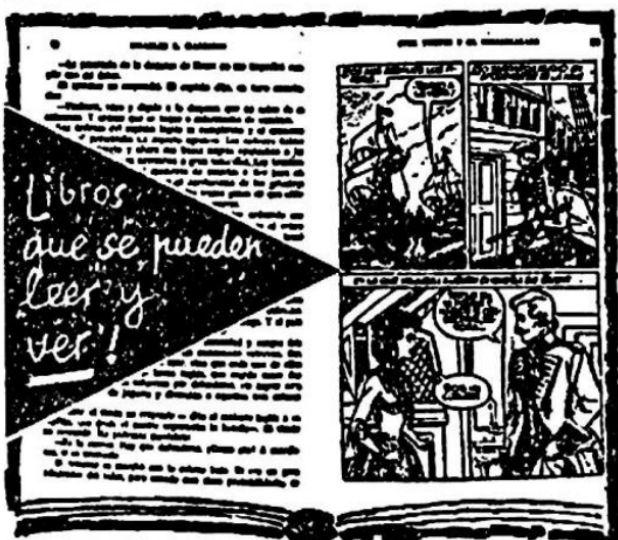
Precio:  
7 ptas.

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**





# COLECCION HISTORIAS



Cada volumen incluye 250  
ilustraciones que permiten se-  
guir el relato sin leer el texto.  
160 títulos publicados. Una  
completísima biblioteca juve-  
nil para niños y niñas,

Precio:  
**30**  
ptas.





La radio es una  
distracción apasionante  
y una buena fuente  
de ingresos

# **TECNICA AL DIA**



Montajes  
Reparaciones  
Transistores  
Frecuencia modulada  
Alta fidelidad

Escritos por el conocido radiotécnico

**R. J. de Darkness**

La mejor biblioteca práctica  
sobre radio, TV y cine sonoro

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**





# ¿Quién es bob morane?



## FICHA

**Nombre y apellidos:** BOB MORANE

**Edad:** Menos de 30 años.

**Profesiones:** Ingeniero, Aviador, Periodista, Detective (aficionado), Agente Secreto (cuando se lo piden).

**Deportes que practica:** Judo (cinturón negro), Boxeo, Equitación, Pesca Submarina, Aviación, Paracaidismo.

**Estatura:** Alto.

**Complexión:** Atlético.

**Cabello:** Rubio, muy corto.

**Ojos:** Azules acero.

**Situación militar:** Comandante de la R. A. F. durante la guerra.

Una colección de libros  
de aventuras que  
leerá muchas veces.



COLECCION

**marabu**







**CRIMEN S. A.**

Los crímenes famosos en diez volúmenes

**LA MAFIA**

Una hermandad del mal, extendida a todo el mundo

**ANTOLOGIA DEL CRIMEN**

Los más famosos crímenes de nuestra época

**EL TIEN**

Recetas de los agentes del Departamento del Tesoro

**EL MUNDO DEL DELITO**

Una enciclopedia de "cosas" criminales

**EL LIBRO NEGRO DEL CRIMEN**

Historia de la criminalidad en el mundo

**HOLLYWOOD ES MI REINO**

Memorias del jefe de Policía de Hollywood

**LOS AÑOS SIN LEY**

La historia de los "gangsters" de Chicago

**CIRCULO  
ROJO**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**





# BOLSILIBROS BRUGUERA

## ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

### COLECCION "PIMPINELA"

(Extra)  
809 — M.<sup>a</sup> Nieves Grajales  
ALTIVA Y DISTANTE

COLEC. "MADREPERLA"  
696 — Matilde Redón  
LA LOCURA DE UNA BODA

COLECCION "ROSAURA"  
640 — Clotilde Méndez  
LOCURA EN EL ALMA

COLECCION "AMAPOLA"  
527 — Celia Bravo  
UNA MUJER ENTRE  
NOSOTROS

COLECCION "ALONDRA"  
461 — M.<sup>a</sup> Esperanza Neyra  
LA MUCHACHA SIN AMOR

COLECCION "CAMELIA"  
402 — Corín Tellado  
QUERIAN CASARSE

COLECCION "CORAL"  
87 — Corín Tellado  
TENGO OTRO AMOR

COLECCION "CORAL"  
68 — Corín Tellado  
UNA NOVIA PARA DOS

COLECCION "BISONTE"  
741 — Joe Sheridan  
MISION HEROICA

COL. "SERVICIO SECRETO"  
605 — A. Rolcast  
NOCHE AMARILLA

COLECCION "BUFALO"  
438 — Cidark Carrados  
CAPITAN FRACASO

COLECCION "TEXAS"  
306 — M. Lafuente Estefanía  
DURO COMO LA ROCA

COLECCION "COLORADO"  
230 — Alf. Regalado  
EL PLOMO EN SU RUTA

COLECCION "CALIFORNIA"  
285 — Fidel Prado  
PRESA CODICIADA

COLECCION "KANSAS"  
196 — Keith Luger  
SU NOMBRE EN UNA BALA

COL. "HEROES DEL OESTE"  
178 — M. Lafuente Estefanía  
EL COMISARIO DE  
CARSON CITY

COL. "ASES DEL OESTE"  
148 — Tex Taylor  
EN EL UMBRAL DE LA  
MUERTE

COLEC. "BRAVO OESTE"  
64 — M. Lafuente Estefanía  
UN BUEN AMIGO

Las obras más selectas, los autores más populares,  
la presentación más sugestiva, los hallará siempre  
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona  
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires





**FIRMAS QUE REPRESENTAN A  
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

---

- REPÚBLICA ARGENTINA:** Editorial Bruguera, S. R. L.  
Hipólito Yrigoyen, 446/50 - BUENOS AIRES.
- BOLIVIA:** Alfonso Tejerina Cortes, Comercio, 1073 - LA PAZ.
- COLOMBIA:** Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-  
ra 6.ª núm. 12-73 - BOGOTÁ.
- COSTA RICA:** Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-  
do 1.924 - SAN JOSE.
- CUBA:** Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57  
LA HABANA.
- CHILE:** Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B  
SANTIAGO.
- DOMINICANA:** Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO  
DOMINGO.
- ECUADOR:** Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y  
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717  
y Boyacá - GUAYAQUIL.
- GUATEMALA:** Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42  
GUATEMALA.
- MEXICO:** Editorial Istacchuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17  
MEXICO.
- PANAMA:** Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,  
número 5-51 - PANAMA.
- PARAGUAY:** Adolfo N. Busé - Estrella, 138 - LA ASUN-  
CIÓN.
- PERU:** Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.
- PUERTO RICO:** Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN  
JUAN (Para bolsillibros).
- SALVADOR:** Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-  
te 243 - SAN SALVADOR.
- URUGUAY:** Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.455  
MONTEVIDEO.
- VENEZUELA:** Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-  
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.







N.º 1476

### Capucine

Bella modelo francesa que ascendió meteóricamente a las pantallas con gran éxito tras el rodaje de su primera película "Sueño de amor". Más tarde la hemos visto en "Alaska, tierra de oro".



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 pts. • Impreso en España - Printed in Spain

